LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO
"UN VIAJE A BAHIA"
DE HEBE UHART

AÑO 1 | Nº 7 | ENERO 2000 | PRECIO $ 5



VIAJES

La última aventura

Descubrir. Descubrirse. Partir. Uno y los otros. Volar.

Senderos. Comer insectos. Rarezas. Nuevos soles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747
00007

ESTAR BIEN COMUNICADO
SIGNIFICA MÁS TIEMPO PARA USTED.

Dirigir una gran empresa no es fácil. Telefónica lo sabe y por eso cuenta con la dirección "Grandes Clientes". Dedicada exclusivamente a atender a las empresas más grandes del país, ofreciendo soluciones a todas sus necesidades de comunicación. Para que usted pueda llevar adelante sus negocios aprovechando al máximo los adelantos logrados en materia de telecomunicaciones. E incluso, que le sobre el tiempo mientras lo hace.

Para mayor información, llame gratis al 0-800-333-8272. E-mail: empresas@telefonica.com.ar

www.telefonica.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Trabajamos para que usted nos elija.

Telefónica

EDITORIAL

De rumbos y goces

¿Quién, alguna vez, no se subió a una bicicleta y pedaleó con toda su energía para dejarse llevar después por la fuerza de la inercia? Ahí, en ese momento, aparece la sensación del viaje: uno yace inmóvil sobre las dos ruedas y el mundo se desliza de a poco, ya sin esfuerzo, con ganas de mostrarse, de ser admirado, de asombrar. Los paisajes son dinámicos, tienen su propia vida, pero el significado final se lo damos nosotros. Una calle cualunque, una montaña abrupta, un mar succionador pueden despertar sensaciones opuestas en distintas personas. O en la misma persona, según el día o el año en que le tocó enfrentarlos.

Esa relación entre el afuera y el adentro, entre uno y lo inabarcable, define la elección del lugar. Algunos destinos sólo se aceptan cuando no se desea enfrentar ningún cambio. Se trata de viajes reales pero fantasmagóricos: se contratan con un seguro que los pasteuriza. No se admite lo distinto ni el azar. Las sonrisas, la comida, la temperatura, los modales, todo está estudiado para crear un no-choque, una travesía regida sólo por la rutina.

Existen otros destinos —o quizás otras personas— que actúan como un cascarón que se resquebraja. En esos casos se sale de lo cotidiano y, como pollo recién nacido, se mira con asombro el espacio que tocó en suerte. Surgen la excitación, la adrenalina, el temor. Hay una tierra nueva y está a nuestra disposición.

Quizá porque cuesta echar raíces en una arena movediza permanente, alguna gente coloca en los viajes esa aventura que rechaza todos los días. Enfrenta, así, soles que queman más que lo habitual, construye amantes de fogosidad desconocida, sumerge el cuerpo en aguas casi jeroglíficas. Y es arremetida por una ración de locura que toma forma apenas se inicia el camino. La cultura de época nos asegura que para trabajar, para estudiar, para educar, para crecer, la previsibilidad resulta el valor supremo. Pero si uno lo desea, se ha conservado un desahogo, un último lugar para el espíritu expedicionario. En los viajes se pide menos permiso que en el mundo habitual y en ese desborde legitimado se respira la dosis de ensoñación prohibida durante los restantes 350 días del año.

Vamos a compartir en las páginas que siguen experiencias que parten de una idea clara: los senderos merecen ser recorridos. Pero hay otra intención, apenas intuida, que flota a lo largo del número: las travesías nos provocan asombro y goce porque tenemos la mente más abierta, con menos estereotipos. No existe razón, sin embargo, para que la sorpresa se mande a clausura el día del regreso. Es posible —aseguran los algo osados— vivir lo cotidiano con esas ansias de descubrir que nos embriagan cada vez que emprendemos la marcha.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Christian Kupchik
Juan José Millás
Luis Gruss
Jorge Carnevale

PASANTE
Federico Quintero

EDITOR FOTOGRÁFICO
Leo Vaca

FOTOS
David Sisso (Tapa)
Leo Vaca
Silvio Zuccheri
Ricardo Ceppi
Fernando Gutiérrez
Diego Sandstede

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Mariano Vior



LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR, Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Selcro S.A.
Virrey Cevallos 651, Bs. As.

IMPRESIÓN
Morgan Internacional LTDA.
Printed in Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

ECHARSE A ANDAR

Todo viaje empieza antes de partir. Hay un momento en que uno es atravesado por la avidez de saborear lo inabarcable, de levantar cabeza más allá del horizonte que le tocó en suerte. Moverse a través del mundo obliga a darse cuenta de lo estrecho que resulta lo cotidiano: existe un mundo donde las palabras frío y calor, fe y Dios, celebración y exotismo presentan significados diferentes a los que conocemos. En una recorrida por personas, lugares y fantasías, Daniel Ulanovsky Sack invita a sumergirse en los ritos exploratorios y a darse cuenta de que incluso en territorios familiares podemos lograr experiencias sorprendentes.

Página 6

ALGUIEN LO HA DICHO

Mares prohibidos, caminos, marchas, islas flotantes y globos son algunas de las imágenes que aparecen en frases de escritores, músicos y poetas, desde Machado y Goethe hasta Caetano y Lito Nebbia.

Página 24

MUNDOS DESCONOCIDOS

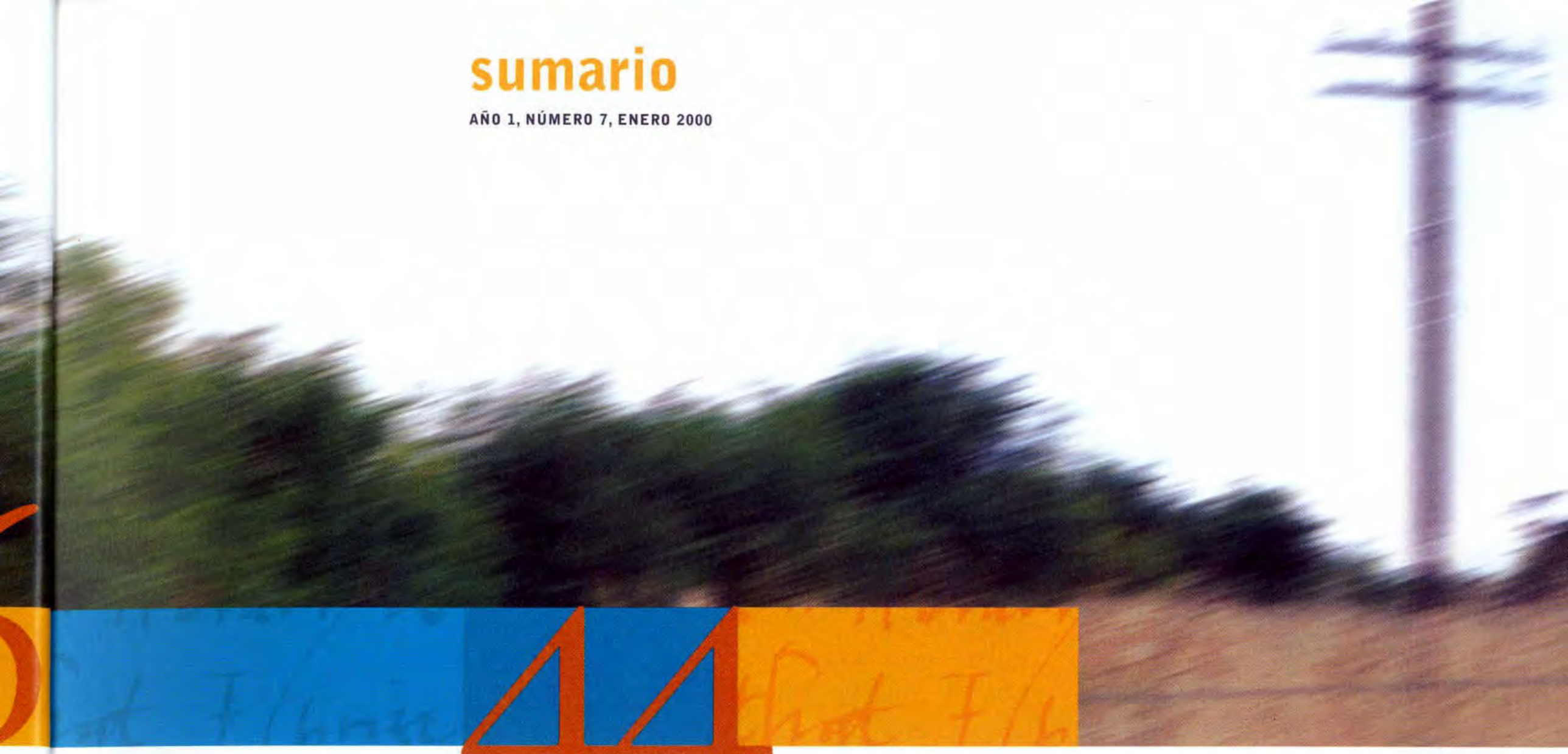
Hasta hace unos siglos, desplazarse significaba miedo y misterio. Esos hombres que se animaban a mares supuestamente demoníacos o aquellos que no les rehuían a caravanas interminables fueron construyendo mapas que hasta ese entonces sólo eran producto de los sueños y los dictados religiosos. Christian Kupchik decidió meterse en la piel de peregrinos, conquistadores y otras personas extrañas que un día levantaron anclas hacia lo desconocido. Y que -dato no menor- tuvieron la posibilidad de volver para contarlo.

Página 26

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sumario

AÑO 1, NÚMERO 7, ENERO 2000



LITERATURA

CINE/VIDEO

En su recorrida por bibliotecas, Luis Gruss se topa con libros de Todorov, de Cortázar y de Stanislav Lem —entre otros— que hablan de salir, de quedarse, de enfrentar lo nuevo. Jorge Carnevale desnuda los mismos conceptos a través de directores de cine como John Huston, Fellini y Gutiérrez Alea.

Página 40

RESPIRAR MENTIRAS

El escritor español Juan José Millás se asume como una víctima de los aires acondicionados y de los climas manejados en forma artificial. Su experiencia le hace imaginar —¿o vivir?— un complot mundial que esparce bichos y enfermedades a través de los tubos que conectan los edificios inteligentes con el mundo real. De poco vale intentar un escape: la red gélida y pestilente tiene características mundiales —México, Miami, Madrid, más otros lugares aún por descubrir— y hasta ahora ha sido inmune a protestas, atentados y quejas varias.

Página 44

CURIOSIDADES

Un síndrome psiquiátrico perturba a personas sensibles que miran obras de arte en un museo. Surge la posibilidad de conocer paisajes sin vivirlos. Vuelven los trenes míticos. Estas son sólo algunas de las peculiaridades que enfrentan los viajeros.

Página 56

CORREO

Los lectores tienen la palabra.

Página 58

EL CUENTO

Un viaje a Bahía

De Hebe Uhart

Página 60

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

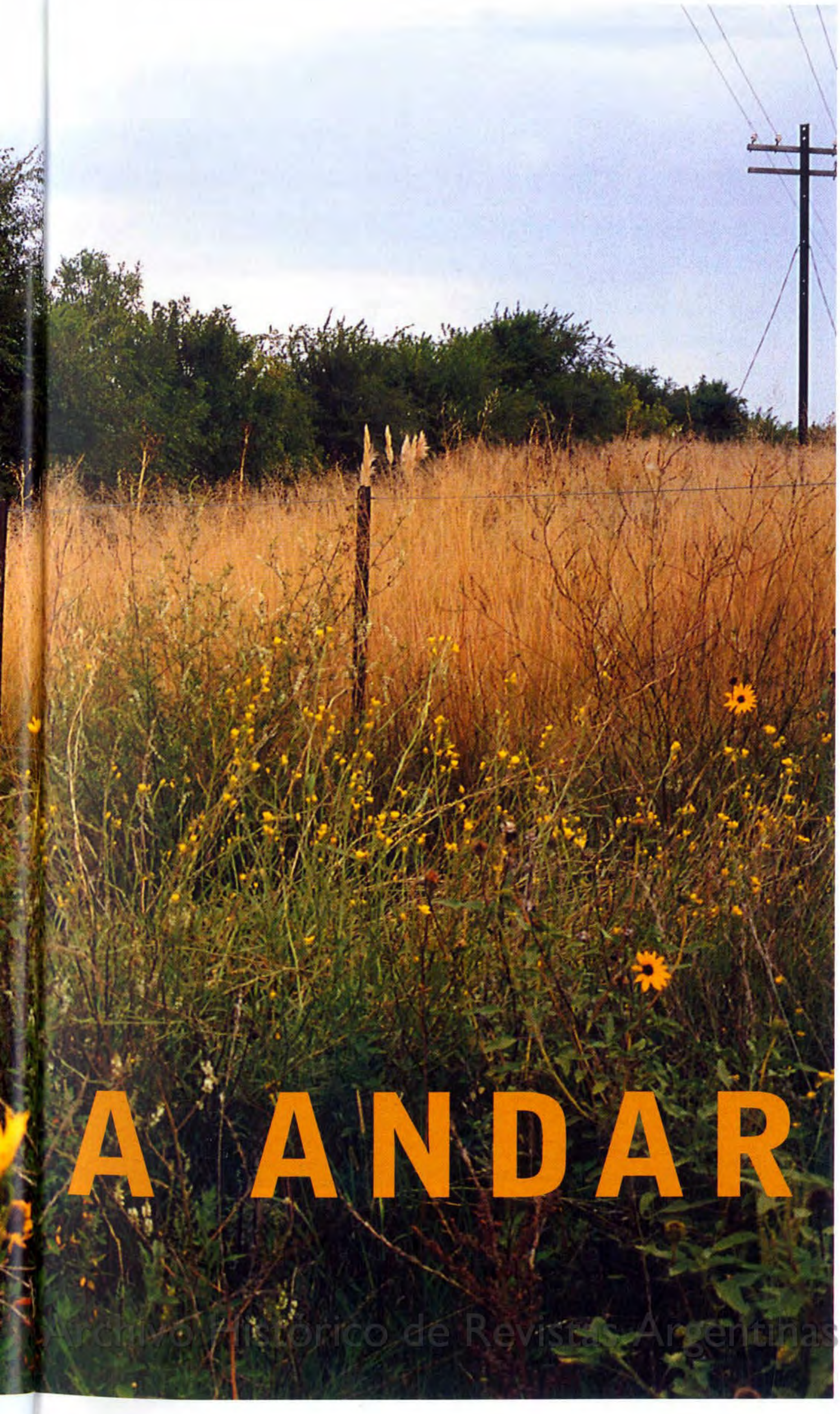


POR **Daniel Ulanovsky Sack** Director de Latido y autor del libro "Los desafíos del nuevo milenio"

FOTOS **Leo Vaca**

ECHARSE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



A ANDAR

LA ATRACCIÓN

POR LO DISTINTO, LO EXTRAÑO,

LA FANTASÍA

Esa clase de inglés escondía un sortilegio imposible de traducir en palabras. Uno por vez, los veinticinco estudiantes universitarios modulaban la misma frase al son de un afónico grabador a cinta: *Pan Am flight 406 to New York is boarding now. Passengers are kindly requested to go to gate 5* [1]. Cuando alguno lograba el acento exacto, los ojos de Mariela, la profesora, se enardecían.

–Bien, bien. Aun mejor que una azafata de verdad, ¿no, chicos? Sigamos. Jorge, por favor.

–*Pan Am flight 406 to New York is boarding now. Passengers are kindly requested to gate 5.*

–Mm... recordá que la "ere" de *are* es casi muda. Tenés que mejorarla porque si te toca trabajar en un aeropuerto vas a tener problemas. Es que los altavoces modernos –¿viste?– destacan todo, hasta el acento.

Modernos eran los aeropuertos de 1979 cuando esta anécdota se reprodujo, casi idéntica, durante un año. Sólo cambiaban ligeramente los textos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El llamado a abordar se transformaba en *I need a ticket to go from London to Oxford* [2] o en *Does this hotel accept backpackers?* [3] Poco importaba el contenido: siempre que se hablaba de viajes –de viajes obvios, de viajes estereotipados, pero en ese momento de viajes posibles– los estudiantes y la profesora gozaban como marranos. Silenciosamente y sin decirlo, pero como marranos. La situación parecía un dibujo surrealista. Un grupo de adultos construía pequeños espacios de escapismo a través de la ficción de "hacer como": así se habla en el aeropuerto, así se pregunta en el hotel, así se viaja. Así uno se va de acá.

Porque antes de llegar a ningún lado hay que decidir partir. Ahí reside el espíritu de aventura del viajero, aquel que festeja el nomadismo, que tiene raíces hábiles para nutrirse en distintas tierras, que no extraña el dulce de leche ni necesita escuchar *Caminito*. El sedentario también viaja, pero siempre se queda en el mismo lugar. Se traslada inmerso en una cabina esterilizada: la del avión, la del cuarto de hotel de cadena, los desayunos internacionales, los guías que te explican todo en tu idioma y te asustan para que no vayas a traicionarlos y pises suelo en forma autónoma. Pero hay gente que ni siquiera eso. En la adolescencia tenía un amigo cuyos padres jamás dejaban sola la casa familiar por temor a que alguien entrara y robara sus inexistentes riquezas. Eran la metáfora más clara del no partir: nunca se podían alejar porque irse significaba condena, robo, intimidad violada.

Dicen que los periodistas no debemos valorar las conductas de los hombres sino sólo describirlas. Hoy voy a quebrar esa norma para confesar mi alegría por haber nacido viajero. Me gusta cambiar de lugar y, en épocas de escasez, me contento con poner el acelerador en una ruta y sentir que el mundo nunca se acaba, que siempre resta un camino por transitar.

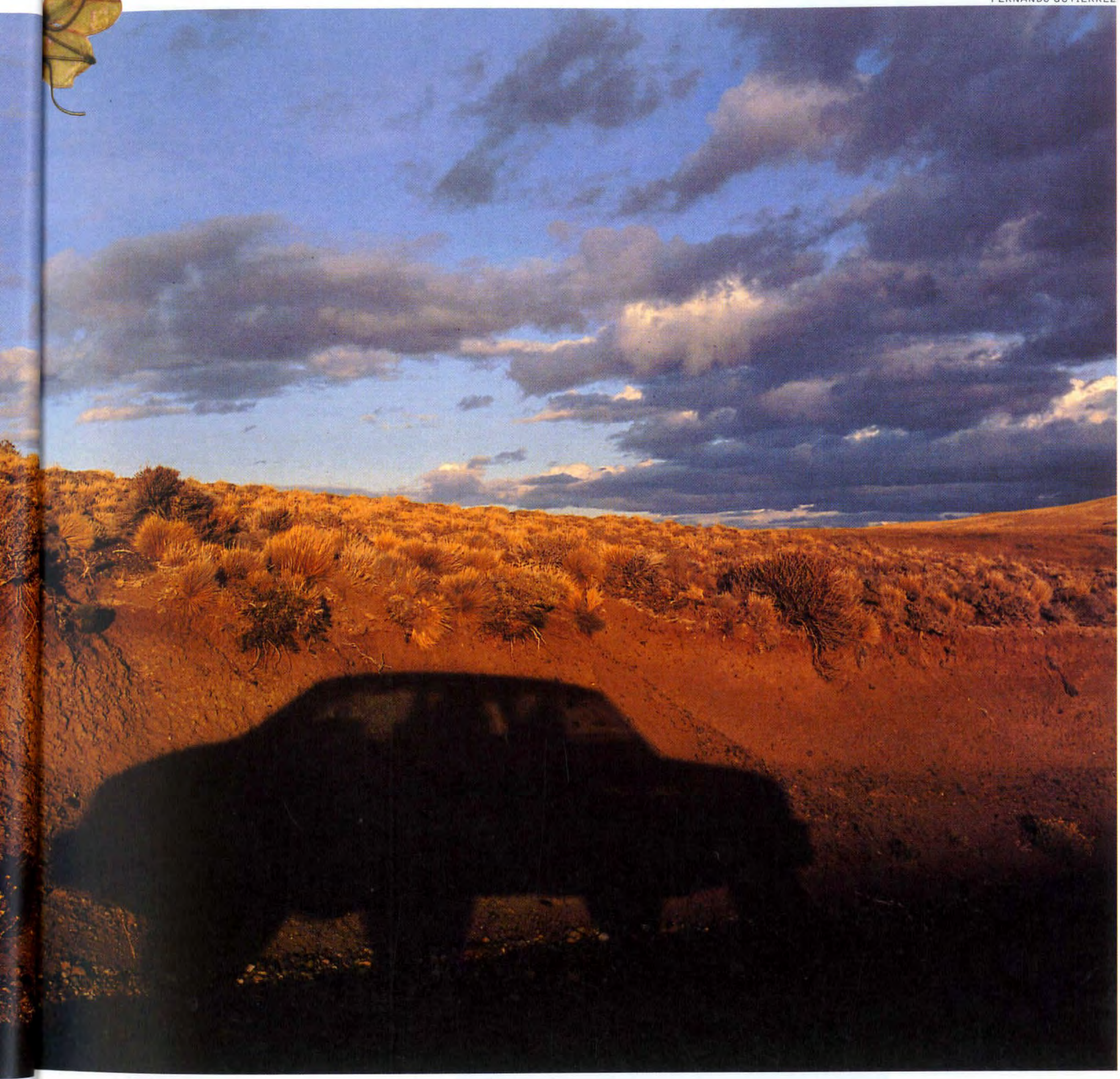
A veces, para viajar ni siquiera importa la distancia; sólo las ganas. Quizá por eso, para la primera travesía que recuerdo no necesité ningún medio de transporte más allá de mis dos pies. Tenía siete u ocho años y en una casa en las afueras de la ciudad donde pasábamos el verano, alguien –¿mis padres, mis tíos?– decidió instalar una carpa. Era de esas clásicas con techo a dos aguas y tela de mosquitero en las ventanas. Durante el alisamiento de la tierra y la instalación de los caños y los tirantes, yo transpiraba un grado de excitación que bordeaba el delirio. Viéndolo desde ahora, no parece ilógico. Dejaba de dormir, por primera vez, sobre una cama y bajo un techo de material para tocar la tierra con mi cuerpo.

Junto a mis hermanos y a mis primos hablamos de los peligros que íbamos a afrontar. Claro que la carpa no tenía lugar para todos y la primera noche sería la de los más valientes: los que se animaban a lidiar con víboras –en una tierra donde el bicho más heroico era una lombriz– y los que no temían la oscuridad –en una noche de luna llena–. Pese a los cuentos terroríficos con que nos asustábamos unos a otros para intentar alguna deserción, hubo que recurrir finalmente al azar. Alguien, un mayor, tomó varios palitos de distintos largos y los que sacaron los más cortos –yo, entre ellos– debimos esperar hasta la segunda noche. La bronca con que me hirió la suerte se disipó a las veinticuatro horas, cuando llegó mi turno. Creo que en ningún viaje posterior generé tan-



Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FERNANDO GUTIERREZ



LA CARPA TENÍA POCO LUGAR Y LA PRIMERA NOCHE SERÍA LA DE LOS QUE SE ANIMABAN A LIDIAR CON VÍBORAS EN UNA TIERRA DONDE SÓLO HABÍA LOMBRICES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ta adrenalina ni tuve tanta sorpresa. ¿Un ejemplo? Yo estaba tirado en el piso de la carpa, sobre una colchoneta de lona, cuando vi una miserable araña que había osado invadir nuestra área. El desafío había llegado. Destruimos el insecto a zapatillazos como si con su muerte redimiéramos a la humanidad. Y caímos en lo que hoy parece un avergonzante lugar común pero que en ese momento considerábamos vértigo: imaginamos que nuestra hazaña estaba destinada a equipararse con las de Salgari o con la de Robinson Crusoe. Supimos, incluso, que nuestra carpa era una isla desierta rodeada de caníbales; escuchamos el ruido de sus tambores e intuimos que el crispar de sus leños calentaba el agua para su –nuestra– olla final. Tanta aventura derivó en un insomnio voluntario: lo vivido había sido arduo y nos había cargado de emociones que el sueño podía convertir en pesadillas.

Con el tiempo, los trayectos se hicieron más vastos y ya no alcanzaron los pies para llegar a destino. Aunque pertenezco a una generación que siempre convivió con los aviones, hay algo que añoro de los años 70. En aquella época se llegaba a un aeropuerto y aún no existían las mangas que conectan directamente la cabina con la sala de desembarque. El clima, entonces, era el primer recibimiento que uno enfrentaba y permitía intuir ese efecto envolvente que, más allá del calor o del frío, nos habla de la cultura y de las lógicas locales.

TIRITAR

Mi primer ingreso a Europa fue a través de la ciudad de Amsterdam, a inicios de un mes de febrero. Había leído que el frío era irrespirable y que las orejas se congelaban y producían puntazos de dolor si uno no utilizaba cobertores para mantenerlas calentitas. Cuando el avión aterrizó, respiré. Lo hice apenas abiertas las puertas y supe que nada de lo leído antes de llegar había servido. Volví a respirar. Y una vez más, conscientemente. Era una alquimia nueva: ¿puede el frío ser tan frío que quema? ¿Puede uno estar feliz al intuir sus pulmones desconcertados por haber descubierto un gélido oxígeno cuya existencia ignoraba? Ese recuerdo me quedó tan firme que, aún hoy, al llegar a un lugar lo primero que hago es probar su aire. Sí, ya sé. Uno al aire lo respira aunque no quiera. Pero hay distintas formas de hacerlo. Se lo puede incorporar mecánicamente o, caso contrario, testear, saborear e intuir sus cualidades y la de esa nueva atmósfera que nos impone la idea de vastedad. Qué curioso: el clima debe ser el único espacio aún no homogeneizado; cada región mantiene sus peculiaridades. En ese sentido, quienes nacimos en la pampa húmeda sufrimos un registro limitado. Nunca hace un frío extremo y el calor rara vez se eleva más allá de los 35 grados. En Amsterdam era distinto, la gente se congelaba. Literalmente.

Suponía que ese frío paralizante significaba aislamiento y, desde mi particular interés como turista, ausencia de vida nocturna. Pese a mi prejuicio, encontré una ciudad plagada de bares con barras donde se toma cerveza, se escucha música y, sí, hasta se baila. Una noche –siete de la tarde– miré a través del vidrio opacado de uno de ellos y una rubia altísima respondió del otro lado. Entré con vergüenza por no haberme animado a irrumpir sin antes investigar por el rabillo. El ambiente se podía palpar: había humo, más humo, y olor a gente, a transpiración y a alcohol. Era Amsterdam pero parecía una bailanta. Intenté explicarle a la rubia altísima mi desconcierto: ¿ustedes no eran fríos, recoletos? Ella bebió un par de tragos de ginebra antes de responder. "Hay una diferencia entre los latinos y nosotros. En sus países se camina por la calle, uno ve la gente. Aquí, en invierno, todo pasa puertas adentro. Pero no te equivoques, lindo (*honey*, dijo en verdad), pasar, pasa igual. Nosotros también sabemos gozar."

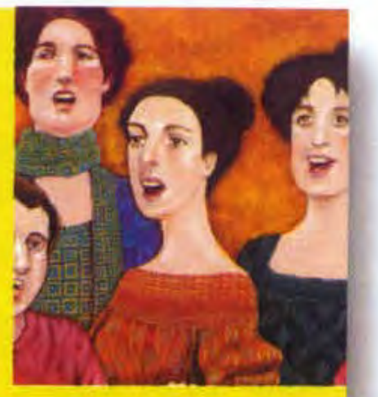
Mi obsesión por el clima, sin embargo, no terminó. Si incluso elaboré



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ciclo de conciertos corales

Con la música del mundo en los barrios de Buenos Aires



Martes 18 de agosto, 20:30 hs.

Parroquia del Patrocinio de San José
Ayacucho 1072

Entrada Libre



Estudio Coral de Buenos Aires
Dirección: Carlos López Puccio

Programa:

Arvo Pärt
Magnificat (1989)

Clement Jannequin
Canto de los Pájaros (ca. 1529)

Richard Strauss
Der Abend - Op. 34 Nº 1 (1897)

Henryk Mikolaj Górecki
Totus Tuus (1987)

Dos canciones folklóricas venezolanas
El Periquito
arr. Modesta Bor
Corrie de los Pájaros
arr. Rafael Suarez

Tres canciones folklóricas ingrias
Veljo Tormis
(de Inkerin Illat, 1979)

UNA INICIATIVA DE LA FUNDACION MACRI

Con el auspicio de la Comisión Arquidiocesana para la Cultura



El universo, su origen y evolución
en la visión de la física actual

Mesa Redonda

Profesores participantes:

Dr. Juan Maldacena
Lyman Laboratory of Phisics
Harvard University

Prof. Víctor Rodríguez
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Diego García Lambas
Observatorio Astronómico
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Osvaldo Moreschi
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación:
Dr. Reinaldo Gleiser
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Fundación Macri
y
Ecogas

Viernes 30 de abril
19hs.
Salón de Actos
Pabellón Argentina
Ciudad Universitaria U.N.C.

Entrada libre y gratuita

Xul Solar



Vías, 1925

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES
setiembre / octubre 1998

Avenida del Libertador 1473, Buenos Aires
Entrada libre
Martes a Viernes de 12:30 a 19:30, Sábados y Domingos de 9:30 a 19:30

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Presente en la comunidad,
promoviendo la educación, el arte y la cultura

una teoría: la mente es precaria, débil e incapaz de absorber lo que ve en televisión o en el cine hasta que no lo siente en la piel. Ahí reside la única aventura imposible de anular: la vivencial. Sólo importa poner el cuerpo, atravesarlo por la experiencia. A mediados de los 90 me tocó mudarme un año a Boston, ciudad que alberga un frío que hiere, compacta la piel, la aja causando el mismo efecto que el freezer en los alimentos. De ese año guardo un recuerdo muy básico: aprendí a convivir con la nieve. Hasta aquel entonces la había visto y la había palpado en alguna vacación corta o al probar suerte con un par de esquíes. Codearse día y noche con ella, en cambio, forma parte de otra historia. Hasta el idioma inglés ha generado palabras que en español no existen ya que nuestra lengua nunca osó asentarse en lugares tan fríos, con la excepción de algunas pocas regiones de la Patagonia en el último siglo. Una de esas palabras es *blizzard*, que, según el diccionario, significa tormenta de nieve. En la vida real una *blizzard* es mucho más que eso. No sólo porque la nieve se despeña infinitamente durante noches y días, sino porque cambia la lógica de la vida.

Cuando se anunció la primera de aquel invierno, yo esperaba un shock inmediato, como si ocurriera un terremoto. Con el correr del reloj, supe que el problema no aparece a la primera hora ni a la segunda ni a la tercera. El verdadero inconveniente surge al cuarto o quinto día, cuando la nieve ya se congela y las calles se convierten en un lodo de diferentes consistencias gelatinosas y sólidas. Escarcha dura, hielo, nieve blanda, copos apisonados: una superficie que a veces resbala, otras hunde y unas terceras sumerge. Lo más importante sobre la *blizzard*, sin embargo, nadie me lo había dicho. Se trata de su capacidad de generar nuevos vínculos. Es el único momento en que los bostonianos se olvidan del estrés y se dedican a conocer a la persona de al lado. Al no poder ganarle –ni siquiera empatarle– a la tormenta de nieve, los invade una cálida resignación. Hoy no se trabaja. Hoy no se va a la escuela. Hoy no se puede hacer nada. Hoy charlo con el vecino.

En todos los recuerdos de viajes se reserva un lugar para lo exótico, aquello que no se puede vivir en tierra propia. Pero los valores de cada época están reglados por los países que ocupan el lugar central. Sus costumbres son aceptadas como normales y todas las otras, por diferencia, resultan exóticas. De esto hablaba una tarde con mi amigo Joe, un periodista americano. Durante varias horas habíamos discutido si dentro de los Estados Unidos aún quedaba lugar para la sorpresa. Defensor del turismo a lugares extraños, él no concebía que en medio de un país con un PBI de 29.000 dólares anuales per cápita –el triple que el argentino y al menos diez veces más alto que el de Bolivia– hubiera algo que llamara la atención, a excepción del desarrollo científico. ¿Pero cómo explicarle a un hombre que vive en el centro del mundo que lo raro no es un concepto objetivo, que depende del lugar desde donde se lo mire?

–Dame ejemplos –me conminó. ¿Qué hay en los Estados Unidos que pueda llamarte la atención? Decime sólo una cosa.

–Lo exagerado como forma de entender el mundo –me despaché.

–¿Qué?

–Lo superlativo, flaco. En los Estados Unidos el sueño de toda persona



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ERMIT GENERAR NUEVOS VÍNCULOS. ES EL UNICO MOMENTO EN QUE LA GENTE SE OLVIDA DEL STRESS Y EMPIEZA A CONOCER AL VECINO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que hace algo es convertirlo en lo mejor del mundo. No basta con que sea bueno; tiene que ser mejor que el de al lado. Así, una pizzería de morondanga pone un letrero que promete "la pizza más rica de la ciudad" o "la salchicha que menos tarda en llegar a su casa" o "el único sándwich con pastrami cortado con cuchillo de acero escocés". No importa tanto el qué sino ser el único. Eso no lo vi en otras partes. Me resulta raro, especial, propio de aquí.

Joe creía que yo había enloquecido. "Cuando digo algo que te llame la atención –bufó– quiero decir algo raro de verdad, ¿entendés?"

Lo entendía, pero no le iba a dar el gusto de pensar que lo extraño es sólo que los africanos prefieran el curandero al médico o que los comerciantes de un bazar árabe se enojen si no les regateás el precio.

–¿Sabés qué otra cosa me llama la atención de los Estados Unidos?

–...

–La cultura de las fobias.

Y ahí nomás desempolvé un aviso que había recortado de esas revistas para establecer contactos íntimos. El contenido era casi un paradigma. Un hombre se declaraba masoquista y pedía una compañera que lo atara, le pegara, lo humillara y algunas cosas más. No ponía limitación al tipo de mujer que podía responderle. Todas serían aceptadas, con una sola excepción: las fumadoras.

–¿Ves? Eso me llama la atención. Un hombre que se deja hacer de todo pero que no soporta que quien lo maltrate, fume. ¿No es absurdo, incluso contradictorio?

Joe me miró: seguía sin entender. Esta vez no quiso discutir y me propuso hablar de otros exotismos. Acepté.

A él le molestaba, confesó, que en algunos países de Asia lo miren raro por ser negro. "Quiero ser un ciudadano más de los Estados Unidos y no un norteamericano de color", me dijo. Es extraño el tema de la raza porque cuando uno sale de su entorno se da cuenta de que afuera lo imaginan diferente. Negro, bien negro, y de cuerpo atlético, no me creía que en la Argentina él también sería considerado como un elemento exótico. "Casi no hay gente como vos –le dije, honestamente– y las mujeres, sabés, tienen muchas fantasías con ustedes." El no lo entendió: ¿acaso los negros no son algo común en los países pobres?

Esta idea de que los blancos viven en las naciones prósperas y los oscuros de piel en el tercer mundo suele confundir la identidad que nos asignan en el exterior a muchos argentinos. Una vez estaba en Londres y entré en un negocio que vendía cerámicas. Cerámicas finas, firmadas, modeladas por artistas. Empecé a conversar con la vendedora, una de esas típicas chicas bien: culta, pero no tanto; liberal, pero hasta ahí; progresista, aunque en los libros. Hablamos bastante, le dije que estaba haciendo un curso de inglés, que era periodista y coincidimos en algunas opiniones sobre las cerámicas. La charla habrá durado media hora y ya daban las 5, hora en que ella dejaba la posta a otra vendedora. La invité a tomar una cerveza y ahí pronuncié por primera vez la

RICARDO CEPPI



Brisa

Manuel Bandeira [1886-1958]

Vamos a vivir al Nordeste, Anarina.
Dejaré aquí mis aMigos, mis libros,
mis riquezas, mi vergüenza.
DEjarás aquí tu hija, tu Abuela,
tu marido, tu amante.
Aquí hace mucho cAlor.
En el NOrdeste también hace calor.
Pero allá hay briSa.
Vamos a vivir de la brisA, Anarina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Sos de hablar mucho? Usá la tarjeta Telecom Global. Cargale la plata que quieras y sabé cuánto vas a gastar antes de hablar. Desde cualquier teléfono del país y del mundo, ya sea residencial o público y para llamadas locales o de larga distancia nacional e internacional. Recargala con tu tarjeta de crédito por el valor que quieras o comprate otra por $5, $10, $20, ó $50 en kioscos y Telecentros. Elegí llamar. Elegí Telecom.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



TELECOM

un mundo próximo



FRAU OLGA ME MIRÓ COMO DICIENDO "A MÍ QUÉ, BAÑATE TODAS LAS VECES QUE QUIERAS". Y POR TODA RESPUESTA CONCRETA ME MOSTRÓ LAS TOALLAS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



palabra Argentina. Ni a mí se me había ocurrido antes decir de dónde era ni a ella preguntarlo. Pobre Lizzie, recuerdo cómo se le apagó la mirada. *Argentina? You are not Italian?*[4] Juro que nunca intenté hacerme pasar por otro, pero por alguna misteriosa razón ella estaba segura de mi inexistente identidad tana. La desilusión fue fuerte. Después de mostrar su sorpresa, pidió disculpas. Se tenía que ir, la estaban esperando. No la culpo a Lizzie. ¿Cómo aceptar que un muchacho del confín del mundo pudiera hablar de la estética de la cerámica en un ambiente tan gente como uno? ¿Por qué romper la lógica, *argie*?

EL SELLO

La identidad que nos da el lugar donde nacimos es como una marca que ponemos a flamear en el exterior. Para eso nos enduimos con algunas características diferenciadoras, únicas, según suponemos. A los argentinos, por ejemplo, nos gusta mostrar que somos limpios y que el mundo se asombra –o se asusta– de nuestro aseo. Les cuento: antes de aterrizar en Berlín cuando aún existía el Muro, unos amigos que habían ido pocos meses antes me advirtieron. "Si llegás sin reserva no vas a encontrar hotel y te van a mandar a casas particulares que te alquilan un cuarto. Cuidate. La dueña de la casa donde paramos –aseguró Fabián– nos preguntó si acaso estábamos enfermos. ¡Ella no podía creer que nos bañáramos dos veces por día!"

La primera parte del relato de Fabián fue real: en Berlín occidental no había cuartos libres. En el aeropuerto, una señora regordeta y con cara de eficiente que atendía la oficina de turismo me mandó a otra donde, a su vez, me preguntaron si aceptaba un cuarto en un barrio cuyo nombre olvidé. Quedaba, sí, a dos cuadras de una estación de subte. Llegué y me presenté ante la dueña de casa, frau Olga. El departamento parecía ameno, el cuarto luminoso y limpio.

–Hay una sola cosa que me preocupa –le dije. Cuando estoy de vacaciones me ducho dos veces por día. Es que camino bastante, ¿vio?

Frau Olga me miró como diciendo y a mí qué, bañate todas las veces que quieras. Por toda respuesta concreta me mostró dónde se guardaban las toallas y cerró la puerta de mi cuarto con cierto aire de vos qué te creés. A partir de esa experiencia, empecé a estudiar con dedicación el tema de los argentinos y la limpieza: ¿estamos tan sucios que necesitamos remarcar las veces que nos bañamos por día? ¿A quién le importa si nos duchamos seguido?

Quizás una razón para exhibir nuestra limpieza se centre en que la diferencia entre el desarrollo y el subdesarrollo está dada por lo aséptico. Los guantes y los barbijos, por ejemplo, son parte central de quienes preparan un sándwich en cualquier lugar civilizado, mientras que los olores y colores de la tierra y de los hombres invaden todos los espacios del mundo periférico. Una de estas experiencias vivimos con mi amiga Graciela durante un viaje por el Marruecos profundo. Habíamos tomado un ómnibus para atravesar parte del desierto y llegar a la ciudad de Marrakech. A mitad de camino, hubo una parada para comer e ir al baño. Además de alimentos, los puestos en medio de la ruta vendían carnes y verduras. Un hombre sentado un par de filas atrás compró una cabeza de buey (fresca, recién degollada) y la puso en una bolsa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

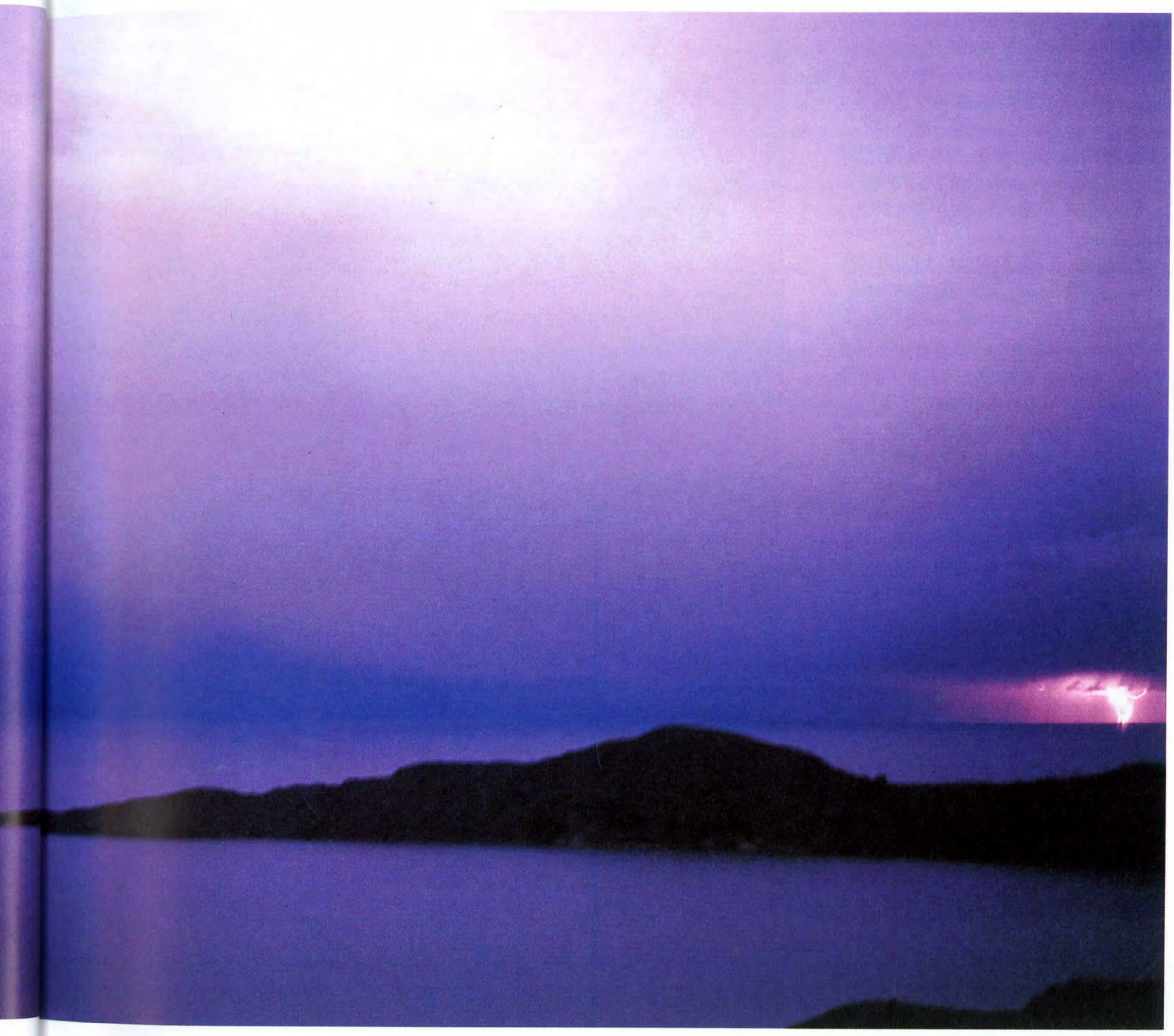
que nos acompañó durante el resto de la travesía. Las cabezas no tienen nada de malo, es cierto. ¿Acaso nuestras madres y abuelas no nos han deleitado con lenguas a la vinagreta o torrejas de seso? Pero tenerla ahí, ensuciando el piso, era como raro. Graciela, en ese entonces vegetariana, no pudo conciliar el sueño. Y dijo algo imborrable: "¡Qué grande los supermercados donde la carne está envasada y la sangre parece limpia!" La sangre, claro, era la misma, pero tenerla tan cerca, sin ninguna filmina que la separe simbólicamente, marcaba la diferencia entre una ribera y la otra de la civilización.

Peor fue, sin embargo, lo que sucedió unos días después. Nuestra obsesión, la búsqueda del desierto más desértico, nos había llevado a Zagora, un pueblo de una calle y media cuya principal importancia estaba dada por un cartel que anunciaba "Tombuctú a 55 días en camello". Cabecera de las caravanas que unen los países árabes con el Africa negra, es el punto donde la tierra seca se convierte en médanos y los velos de las mujeres árabes toman colores brillantes propios del Africa oscura. Allí nos alojamos en un hotel donde nos tocó en suerte una aceptable habitación. Pero cuando Graciela fue al baño, vio que el inodoro no había sido limpiado en los últimos tiempos, dejando a la vista antiguas deposiciones. Salió como un rayo a la recepción. Gritó en español, inglés, francés y en lo que ella suponía que era árabe básico. Mandaron, gentilmente, a un encargado de la limpieza que se arremangó su camisa y con su mano y su brazo desnudos limpió el inodoro. Orgulloso, al terminar su tarea, preguntó si estábamos conformes.

Es curioso cómo el conocimiento sobre los virus, las bacterias y los microbios separa a los hombres más que cualquier frontera física. Casi parece haber dos mundos: el que toca lo que ve y el que al tocar lo que ve sabe que toca un montón de otras cosas que, en verdad, no ve. Estas diferencias dejan al desnudo lo diferente. Para conocer esos espacios apartados de la globalización, el auto se intuye como el mejor camino. Cuando uno maneja construye su propio mapa y no hay imposición de horarios sino libertad de ir, de quedarse, de perderse o de clavar los frenos y permanecer. En un auto, uno busca el mundo como cuando chicos buscábamos los tesoros escondidos: las zonas más recónditas son las apasionantes, las que duelen y dejan marcas. Algo de esto le sucedió a mi amigo Pablo cuando decidió su viaje iniciático, al estilo del Che, con otros dos compañeros de recorrido. Reforzaron un viejo Renault que uno de ellos tenía y no pararon hasta la frontera con Bolivia: allí recorrieron caminos y huellas hasta desembocar en las zonas más profundas de América latina. Durante la travesía se impusieron una sola prohibición: no tocar grandes ciudades. Anduvieron por aldeas y caseríos y aprendieron unas cuantas palabras de lenguas autóctonas. Comieron guisos de maíz y de papa como nunca antes y como nunca



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

después. Se obsesionaron con la discriminación al indio; compartieron su choza. Volvieron sobresaltados, casi dichosos, pero no pudieron contagiar su entusiasmo a quienes nos habíamos quedado. Es que ese tipo de viaje nos parecía un poco contradictorio. Por una parte, parece bueno comunicarse con lo que está cerca pero es distinto, ir en búsqueda de situaciones humanas reales. Sin embargo, a veces parecen aventuras pergeñadas para codearse con la pobreza ajena cuyo destino es morir en un alucinante toco de fotos representativas de los problemas de la región. Y las imágenes suelen quedar inertes en un cajón, tan inertes como la propia vivencia del viaje. A veces estos recorridos se convierten en una especie de servicio militar voluntario en el cual se cumple con la obligación de embeberse de la marginación ajena. Y se hace en el exterior porque si se realizara en Salta o en Formosa o en Santiago del Estero, esas fotos serían más difíciles de mostrar y hasta de archivar. El viaje perdería su halo de aventura para convertirse en el espejo de una realidad demasiado densa.

Claro que los choques culturales no sólo tienen que ver con la pobreza sino con la manera de entender la vida. Esta vez, el destino me había llevado lejos de América latina. Había aterrizado en Vietnam y por toda actividad había decidido caminar sin rumbo fijo por ciudad Ho Chi Minh, ex Saigón. Afectado por tanta propaganda, suponía que me iba a enfrentar con un pueblo que digería todo desde lo ideológico. Nada más errado. A los vietnamitas, como pequeños burgueses, les encanta sentarse en un bulevar a comer helados de coco y a olvidar el pasado de la guerra. Si hasta la ex embajada estadounidense –esa desde la que el último diplomático huyó en helicóptero– es una oficina burocrática del Estado que no tiene, siquiera, una placa conmemorativa. Ahí empecé a entender algunas cosas: la lucha no era capitalismo-comunismo. La lucha era entre los de aquí y los de afuera. Pueblo pragmático, los vietnamitas decidieron cerrar hace unos años el pabellón de atrocidades chinas del Museo nacional. Ese espacio había sido habilitado cuando se enfrentaron contra el coloso vecino un tiempo después de finalizada la guerra con los Estados Unidos. Cuando fui, en 1994, las relaciones cordiales con los chinos estaban por restablecerse y el primer gesto de buena voluntad fue clausurar el área hiriente del museo.



PARI-RENAULT.

Suscribite a Latido y recibí de regalo dos ejemplares a tu elección.

☐ Nº2 ☐ Nº3 ☐ Nº4 ☐ Nº5 ☐ Nº6

Un año (12 números)
Argentina ..... $ 54.-
Uruguay, Brasil, Paraguay,
Bolivia y Chile ..... $ 75.-
Resto de América ..... $ 96.-
Resto del mundo ..... $ 114.-

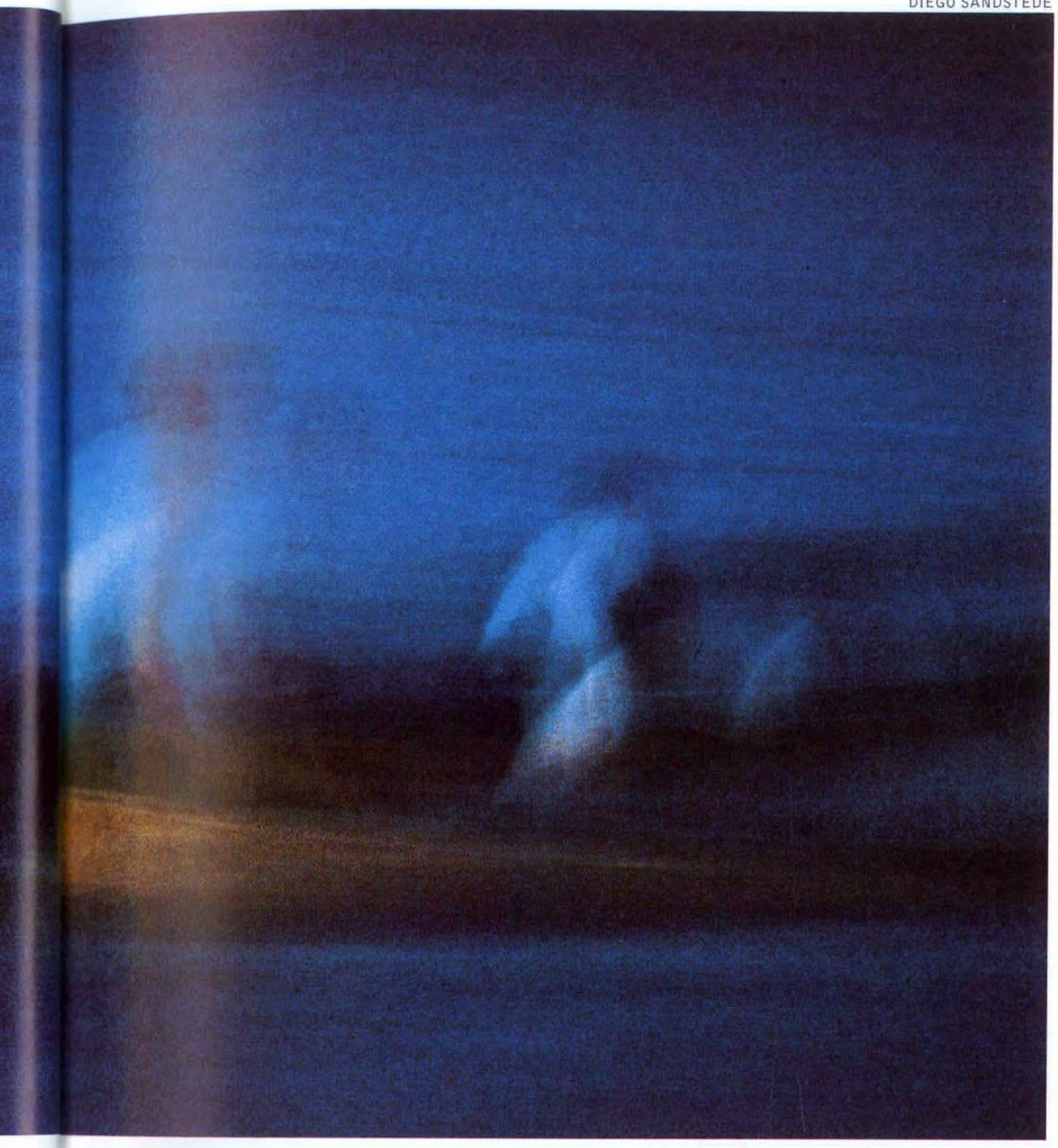
Formas de pago:
•Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
•Débito en mi tarjeta Visa N° .....
.....
Vencimiento .....Cód. seg. .....

.....
Firma
Nombre: .....
Dirección completa: .....
.....
Documento: .....
Ciudad: .....
País: .....
Tel: .....
E-mail: .....

Enviá este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires.
Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.
Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:
1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.
Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar
Cupón no válido para Capital Federal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIEGO SANDSTEDE



EXTRAÑO ALMUERZO

Pero hubo algo que encegueció mi atención en Vietnam. En medio de tanta caminata, enfrenté un templo budista lejos de la zona turística. Entré. Miré, con ese deseo de no molestar, con esa vergüenza del voyeurista que está donde no debe. No percibí presencia de carne y hueso hasta que ingresé a un salón de unos diez metros cuadrados. Una familia almorzaba y, con mucha gentileza, me invitó a ser parte de la comida. Acepté. Mezclando unos cuantos idiomas, me preguntaron de dónde era. Esta vez ni Maradona, ni Evita, ni el tango sirvieron para graficar la Argentina. No la conocían, así de simple. Curiosos, me preguntaron si creía en Dios. "Soy judío –dije– pero no sé si creo en Dios."

–¿Judío? –preguntó uno de los jóvenes de la familia. ¿Es una religión?

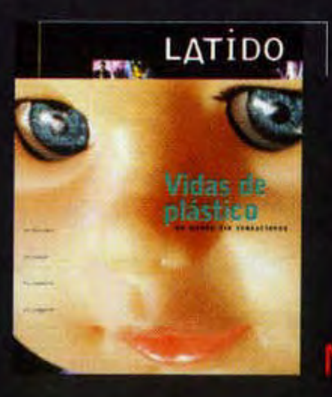
Pensé que no me había entendido. Sí, judío, Jew, juif, hebreo, israelita. Intenté decirlo de todas las maneras posibles para que me pudieran comprender. Pero la culpa no era del idioma: simplemente ignoraban que existía una religión llamada judaísmo.

–¿Judío? ¡Qué interesante! ¿En qué creen ustedes?

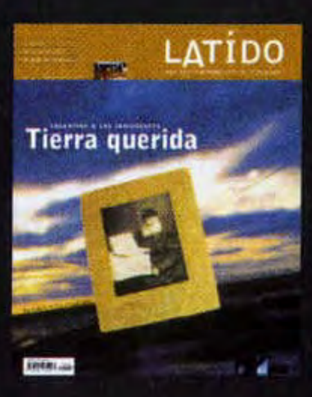
HOY SE CUMPLE EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE PAPÁ Y DECIDIMOS PASARLO AQUÍ, JUNTO A SUS CENIZAS



N°1
Número Agotado



N°2



N°3



N°4



N°5



N°6

Con la suscripción de
LATIDO
te regalamos dos números
de los anteriores
a elección.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿Cómo explicarles? Dije que el judaísmo cree en un Dios único, pero con eso no daba muchas pistas. ¿Un solo Dios, como el cristianismo y el islam? Sí, pero la historia nos separó un poco, de tanto en tanto. Me esforcé: resumí siglos en vez de una noción de Dios. Creo que fracasé en mi rol de divulgador y decidí que, pese a todo, era mi turno de preguntar.

–¿A qué se debe este almuerzo? ¿Están festejando algo?

Sentí que la palabra festejo les generaba dudas. Me explicaron todo el esfuerzo que habían hecho para cocinar las decenas de platos que veía sobre la mesa. Me contaron que los chicos de la familia ese día no habían ido a la escuela, que estaban todos juntos. "Pero no es para festejar –dijo el hermano mayor–. Es para celebrar."

–¿Qué celebran?

–La muerte de papá.

–... Ah... ¿Y lo hacen así, con un agasajo?

–Hoy se cumple el primer aniversario y entonces decidimos pasarlo aquí, con él. Es una ceremonia tradicional: toda la familia viene a compartir este momento en un almuerzo.

–¿Su papá está enterrado en este templo?

–No, no. El está ahí.

Y muestra, con el dedo, una serie de jarrones de cerámica en los cuales yo no había reparado. Uno al lado de otro, con distintas formas y pintados de varios colores, descansan en un estante de la habitación.

–Ahí están sus cenizas, ¿entiende?

Entender no entendía, pero hice como que sí. Siempre me dio pudor la idea de comer frente al muerto, aunque hay varias culturas que lo realizan. En México, un día al año familias enteras invaden los cementerios y comparten almuerzos cerca de las tumbas, además de dejar alguna exquisitez en la lápida. En los EE.UU., los parientes del finado suelen recibir a sus allegados luego del entierro y es usual que se sirvan algunas copas y, por qué no, hasta un entremés. Es que más allá de su relación con la muerte, la comida es un elemento central en las diferencias culturales. Algo tan simple como ingerir determinado tipo de bicho y no otro genera barreras infranqueables.

Por alguna rara tozudez, a mí me gustó especializarme en insectos y reptiles: he probado hormigas tostadas en Colombia, cucarachas y gusanos de seda fritos en Tailandia y víboras en Hong Kong. La primera vez que lo hice, fue iniciado por mi amigo Roberto, un colombiano de Bucaramanga que me explicó que en su ciudad se comen las hormigas tostadas como si fueran maníes. Y es cierto: el gusto resulta parecido. Como uno siempre busca algo que lo diferencie, sentí –intuyo– que los insectos podían ser mi especialidad. Donde iba, los probaba. Más allá del ingenuo disfrute de contarlo a mi regreso, creo que lo hacía por unas ganas de explorar los límites. Es que para eso también sirve la lejanía: ¿hasta dónde llego? ¿A comer una cucaracha? ¿Pero eso es animarse o sólo jugar a animarse?

V

Hay quien dice que el itinerario se viaja antes de partir. Uno lo sueña, le da nombres, lo arma con ladrillos mentales. Quizá por eso, muchas de las grandes expediciones sólo existieron en la imaginación. Borges, casi ciego, no necesitó de sus ojos para ver ese Aleph que en un sótano de la calle Garay lo transportaba a través del espacio y del tiempo. García Márquez, al burlarse de la geografía para describir a Macondo, logró la mejor imagen de los mundos olvidados. Y Cervantes dio vida al más obcecado de todos los caballeros: Don Quijote, ese errante hidalgo que convirtió la árida planicie de Castilla en el lugar de todas las utopías y de todas las decepciones. No en vano estos tres escritores –soñó alguien– fueron convocados para definir la palabra viajar. Tardaron poco en dar su veredicto. "Es simple. Primero se abre la mente, después basta con intuir lo desconocido. Pero ciertas personas –reconocieron– conservan la irremediable costumbre de agregar un tercer paso: se echan a andar."



[1] *El vuelo 406 de Pan Am está listo para el embarque. Los pasajeros deben presentarse en puerta 5.*
[2] *Necesito un boleto para ir de Londres a Oxford*
[3] *¿Este hotel acepta mochileros?*
[4] *¿Argentina? ¿Usted no es italiano?*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Escuchamos ideas para que dejen de ser ideas.

Para que se puedan concretar sus proyectos y sus sueños.

En su vida familiar, profesional o empresaria.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BANCO
CREDICOOP
COOPERATIVO LIMITADO

La Banca Solidaria.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Me gusta viajar por mares prohibidos y tocar tierra en costas bárbaras. Herman Melville, escritor estadounidense

Lo mejor de los viajes es lo de antes y lo de después. Maurice Maeterlinck, dramaturgo y poeta belga

Emprendemos largos viajes y surcamos vastos mares para ver cosas que,
cuando las tenemos ante nuestros ojos,
nos pasan inadvertidas. Plinio, escritor romano

Viajero: donde vayas no encontrarás nada que no lleves contigo. Anónimo

Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe dónde se va. Oliver Cromwell, político y militar británico

Es inspirador, quién lo duda,
recorrer el mundo en el zumbido
de un auto, sentir la Arabia
como un remolino de arena o
la China con un relampagueo
de campos de arroz. Pero la Arabia
no es un remolino de arena,
ni la China un relampagueo de campos de arroz. Gilbert Keith Chesterton, escritor británico

Partir es morir un poco. Anónimo popular

Justo cuando decidimos irnos de un lugar, saturados de su esencia y creyendo que ya lo sabemos todo,
es cuando ese lugar nos ofrece las facetas más sorprendentes y maravillosas. Goethe, poeta alemán

A todas las cosas hermosas les gusta viajar. Hasta las perlas salen del fondo oscuro del mar
y atraviesan las inmensidades para colocarse en la diadema de los reyes y en el cuello de las princesas. Las mil y una noches

No pido otra cosa: el cielo sobre mi cabeza y el camino bajo mis pies. Robert Louis Stevenson, novelista británico

El mar no tiene orillas. Alicia Genovese, poeta argentina

Caminando contra el viento sin pañuelo ni documento yo voy. Caetano Veloso, cantante brasileño

¿Qué es viajar?
¿Cambiar de lugar?
No. Apenas cambiar de ilusiones
y de prejuicios. Anatole France, escritor francés

Nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres. Francisco Quevedo, poeta español

y de prejuicios. Anatole France, escritor francés

Nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres. Francisco Quevedo, poeta español

Dicen que viajando se fortalece el corazón
porque andar nuevos caminos te hace olvidar el anterior. Lito Nebbia, cantautor argentino

Los países donde no hemos amado ni sufrido, no dejan en nosotros ningún recuerdo. Pierre Loti, escritor francés

Islas, flotantes islas que salieron en busca
de los íntimos soles y las lluvias amantes. Raúl González Tuñón, poeta argentino

Mas los verdaderos viajeros son sólo los que parten
Por partir; corazones ligeros, semejantes a globos,
De su fatalidad jamás se apartan,
Y sin saber por qué, dicen siempre: ¡Marchemos! Charles Baudelaire, poeta francés. Las flores del mal

¿Quién puede ser tan insensato como
para morir sin haber dado, por lo menos,
una vuelta por su cárcel? Marguerite Yourcenar, escritora francesa. Una vuelta por mi cárcel

El día y la noche son los viajeros de la eternidad...
Los que conducen una canoa o llevan todos los días
su caballo al campo hasta que sucumben de vejez también viajan continuamente.
Muchos hombres de tiempos remotos murieron por los caminos.
A mí me ha tentado, a mi vez,
el viento que desplaza las nubes, y me ha invadido el deseo de viajar también. Basho, poeta japonés (1644-1694)

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino
sino estelas en la mar. Antonio Machado, poeta español

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Christian Kupchik** Escritor, editor de la colección Planeta Nómade.

PRODUCCIÓN **I.L.A.**, FOTOS **Silvio Zuccheri** y **Leo Vaca**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Camino. Un paso y otro. Aun otro más. "Yo camino." Resuena como un mantra llegado desde el fondo de los tiempos, pero siempre es bueno volver a repetirlo. "Yo camino." Caminar no es tan simple como parece. De hecho, es una ciencia que los hombres no sólo han practicado, sino que vienen perfeccionando desde noches inmemoriales. En sus orígenes Yahvé es un *Dios del Camino*: su santuario es un Arca Móvil. Y si bien promete a sus criaturas una tierra bien irrigada, en secreto les desea el Desierto por el que deben deambular para encontrar la verdad.

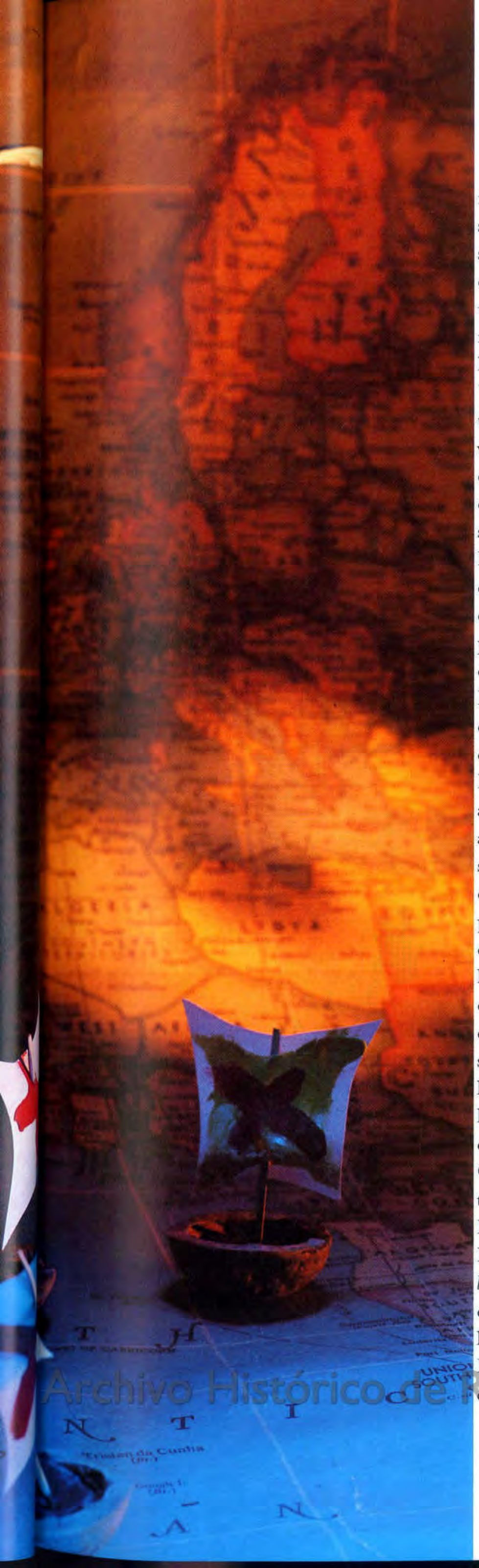
Hasta no hace mucho, los beduinos que emigraban a un lugar desde donde se podía visualizar la Meca, no creían necesario rodear los santuarios ni una única vez. El sentido de esto era el *Hadj* (Viaje Sagrado), que constituía en sí mismo una migración ritual: de este modo se arrancaba a los hombres de las tentaciones pecaminosas que ofrecía el sedentarismo, en tanto el desierto los igualaba a todos ante la mirada de Dios. Un peregrino que muere en el *Hadj* tiene asegurado su ingreso automático al Cielo. Del mismo modo, la acepción original del término *Il Rah* (El Camino) se utilizaba para designar la *Ruta de Migración*, mucho antes que los místicos lo recogieran para simbolizar el *Camino hacia Dios*. Un concepto similar emplean los aborígenes de Australia central al hablar de *tjurna djugurba*, es decir, "las huellas de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las pisadas del Antepasado" o bien "el Camino de la Ley", lo cual parece revelar un vínculo común en lo más profundo del ser humano entre el Camino (o Viaje) y lo Sagrado (o la Palabra, la Ley). El antropólogo noruego Frederick Barth, que vivió hacia 1930 con los *basseri*, una tribu nómada de Irán, describió que "para ellos el valor supremo residía en la libertad de emigrar, no en las circunstancias que hacían económicamente viables la migración". Cuando Barth se vio obligado a explicar la falta de ritual o de cualquier otro tipo de creencia arraigada en la cosmovisión de los *basseri*, llegó a la conclusión de que –al igual que para los antiguos tibetanos– el viaje en sí mismo suplía toda forma de ritual, que el itinerario realizado hasta las altas tierras estivales era el Camino hacia una forma superior de conocimiento.

Para la mayoría de las culturas del mundo, el viaje como una de las dimensiones posibles de lo Divino ha quedado reflejado de modo más que elocuente. "No existe la dicha para el hombre que no viaja. El mejor de los hombres se convierte en pecador cuando vive en compañía de otros hombres. ¡Vagabundead, pues! Indra es amigo del viajero." De este modo Aitareya Brahmana, un guía espiritual del budismo, alentaba a sus fieles a hacerse al camino como una forma de acercamiento a la Verdad. En términos semejantes se expresan los máximos representantes de casi todas las religiones. "No podéis discurrir por el camino antes de haberos convertido en el Camino mismo", advirtió el propio Buda, y las últimas palabras a sus discípulos fueron: "Seguid la marcha". Un manual sufi –una rama del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



islamismo– afirma en términos muy similares que al aproximarse al final de su viaje los profetas se convierten en el camino y no en el caminante, o sea, en un lugar sobre el cual transita alguien, no en un viajero que sigue su propio y libre albedrío. En el islam, la *siyahat* o "deambulación" se utiliza como una técnica apropiada para disolver los vínculos del mundo y para permitir que el hombre se pierda en Dios. Es desde esta perspectiva como pueden ser interpretadas las peregrinaciones a Medina y La Meca. En síntesis: el viaje como motor de lo sagrado responde, con sus peculiaridades, a una suerte de premisa universal que ha trascendido eras y culturas.

Para la primitiva Iglesia cristiana, existían dos categorías de peregrinación. La primera era el ambulare pro Deo (peregrinar por Dios), imitando a Cristo o al padre Abraham cuando abandonó la ciudad de Ur y fue al desierto a vivir en una tienda. La segunda era la "peregrinación penitencial", por la cual los culpables de pecatia enormia (crímenes enormes) tenían la obligación de convertirse, de acuerdo con una tabla estipulada de tarifas, en mendigos errantes para ganarse la salvación en el camino. La idea de que la marcha exculpaba los crímenes violentos se remontaba a las deambulaciones que se vio obligado a realizar Caín como forma de expiar el asesinato de su hermano.

De todo esto, habrá que coincidir con Kipling, el inmortal autor de *El libro de la selva*, cuando afirmó que a fin de cuentas sólo hay dos tipos de hombres: los que se quedan en casa y los que no. Frente a lo cual cabría preguntarse: ¿y cuántos tipos de mujeres existen entonces? Aparentemente, para la mujer sólo estaba reservado ser la guardiana del lar, cuidar las posesiones del hombre mientras éste se encontrara fuera. Y sin embargo, aunque el hecho se presenta como un fenómeno por completo anómalo, siempre hubo mujeres dispuestas a aceptar el desafío que les proponía la distancia, y su inquietud. Una de las primeras de quien se tiene noticia es la monja Egeria, que comenzó su viaje desde España hacia Tierra Santa a finales del siglo IV. Además de visitar todos los lugares relacionados con la vida de Jesús, como el monte de los Olivos, el Carmelo, el Sinaí, se demoró durante algún tiempo en Nazareth, Belén y Jerusalén. Pero también vagó por el desierto y se detuvo para suministrar atención a eremitas, enfermos y ermitaños perdidos. Su trayecto la llevó también a Egipto, Constantinopla, Tarso y Mesopotamia. Durante cuatro años viajó por todo el orbe conocido, en tanto escribía todas las vivencias de su travesía. Por entonces, estaba lejos de imaginar que esas cartas dedicadas a sus hermanas del convento acabarían por convertirse en uno de los primeros libros de viaje escritos en español.

Otras voces. Un día del otoño boreal de 1412. O quizá fue a comienzos del invierno del siguiente año cuando a miss Margery Kempe se le presentó un hombre que denunciaba ser el mismísimo Señor Jesucristo ataviado de sedas púrpuras, como "el más atractivo, el más hermoso, y el más amable". Se sentó junto a ella y de este modo "se tranquilizó su ingenio y su razón"; entonces la instó a peregrinar en su nombre y "vestida de blanco". Por entonces, miss Margery era toda una mujer casada y madre de 14 hijos. De

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



acuerdo a su propio testimonio, opuso cierta resistencia debido a las particulares circunstancias de su vida, tan alejada de cualquier premisa sacra pero, por lo que deja entrever, Jesús no tuvo mayores dificultades en convencerla. "Os amo con todo Mi corazón, y jamás podré olvidar vuestro amor", le habría declarado. Por si faltara algún argumento, Jesús contó con la ayuda de su Madre, la Virgen, para terminar de convencer a Margery sobre la autenticidad de sus sentimientos. En 1413 –por entonces toda una mujer de 40 años– muere su padre y Margery está decidida a efectuar su misión. El día del solsticio de 1413 comenzó su peregrinación a Jerusalén. La travesía estuvo llena de contratiempos y esta mujer convertida en símbolo de la errancia divina, previsiblemente, tuvo no pocas dificultades en ser aceptada por sus ocasionales compañeros de ruta. No obstante, logró desarrollar una sorprendente habilidad para relacionarse con gente de todo tipo y condición, y a través de sus recorridos por Europa consiguió numerosos contactos con hombres notables que le serían vitales en un futuro cercano. Poco a poco, en todo el continente se comenzó a escuchar hablar de esta extraña peregrina, de sus visiones y su ideología. Claro que las versiones que circulaban sobre su misión eran tan favorables como negativas, y no tardaron en llegar las acusaciones por herejía. El clima eclesiástico no era muy favorable para una mujer inglesa que se movía por Europa diciendo ser "una peregrina portadora de la palabra de Dios". En todo caso, permaneció en Roma hasta la Semana Santa de 1415 y algunos meses después arribó a Norwich.

No estaría demasiado tiempo quieta: en la primavera de 1417 es vista peregrinando por el camino de Santiago, de donde regresaría en agosto vía Bristol. Podemos adivinar la turbación de los hombres al encontrar por los caminos de Europa a esta dama que dice saberse "santa", vestida totalmente de blanco como prueba de libertad y castidad a pesar de estar casada y ser responsable de una cuantiosa prole. Margery fija una posición clara respecto al impulso que la convierte en una peregrina: es la energía mística la que hace del viaje un ritual de fe. En este sentido, su trashumancia en mucho se asemeja al contenido de la sentencia de Buda. Intenta convertirse *en camino* haciendo camino por Dios. La obra que da cuenta de su viaje (encontrada en 1934) nos da detalles de las vicisitudes de sus travesías, señala particularidades de los lugares que visita, comenta costumbres de la gente que se cruza, en tanto va tejiendo su diálogo supremo. Aunque su interlocutor inmediato siempre será Dios, no olvida al mundo de los hombres; es más, lo tiene muy en cuenta en función de los posibles peligros que puede sufrir, como al confesar cómo debe pasar noches en vela por temor a ser violada. De allí que su obra sea ejemplar: tipifica y potencia a través del viaje real el verdadero significado del viaje místico. Camino. "Yo camino", repite el mantra.

PASOS PRECISOS

"¿Quién me devolverá jamás las cabalgatas desenfrenadas a través de los valles y los montes de El Sahel, al viento del otoño, a cabalgatas embriagadoras que me hacían perder toda noción de reali-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"Poco o mucho,
en algún momento
de sus vidas,
todos los argentinos
tienen algo que ver
con La Caja."

LA CAJA
de ahorro y seguro

Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Caja de Seguros - Caja de Seguros de Vida - Banco Caja de Ahorro - La Caja de Seguros de Retiro - La Caja ART - Instituto del Seguro de Misiones.

dad en una maravillosa ilusión? En este instante, como siempre en todas las horas de mi vida, sólo tengo un deseo: revestirme lo más de prisa posible de la personalidad amada que en realidad es la verdadera, y volver allí, a Africa, a reemprender aquella vida... Sólo espero. Así, nómada y sin más patria que el islam, sin familia y sin confidentes, solo, solo por siempre jamás en la soledad altiva y oscuramente dulce de mi alma, continuaré mi camino por la vida hasta que suene la hora del gran sueño eterno de la tumba...".

No. Quien así se expresaba en junio de 1900 no era un anciano enloquecido, aun cuando firmaba como Mahmoud Essadi. No, estas palabras pertenecieron a Isabelle Eberhardt, una muchacha suiza de apenas 23 años en el momento de pronunciarlas. No tenía más ambiciones que recorrer las arenas del Suf, en la frontera entre Túnez y Argelia, con su caballo del mismo nombre, vestida como beduino, fumando kif y abrazando al islam bajo la luna plena del desierto. Isabelle sabía perfectamente de qué escapaba. El camino, las cabalgatas por ese mar de arena infinito, la reunían a esa sed de ideal que inflamaba su alma.

"Jamás me atraerá la serenidad de la meta alcanzada y, para mí, los seres verdaderamente superiores son aquellos que sufren del mal sublime de la perpetua creación de un yo mejor. Odio a aquel que está satisfecho de sí mismo y de su suerte, de su espíritu y de su corazón. Odio la estúpida jactancia del burgués sordo, mudo y ciego, y que no volverá sobre sus pasos... Hay que aprender a pensar. Es largo y doloroso, pero sin eso, nada se puede esperar de la felicidad individual." Isabelle lo aprendió con dolor en las duras arenas a las que entregó su vida. En enero de 1901, esa misma devoción casi termina con ella. Mientras conversaba despreocupadamente con un grupo de notables en un café de Behima, sintió un duro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

golpe en la cabeza. En un intento reflejo por alcanzar su arma, se levantó tambaleándose y otros dos furiosos sablazos se descargaron sobre un brazo. Una cuerda de tender interpuesta en el trayecto del primer golpe amortiguó el efecto y le permitió escapar de una muerte segura. Durante el proceso Isabelle no sólo defendió piadosamente a su agresor, Abdallah ben Si Mohammed, sino que pasó de víctima a victimaria: es expulsada de Argelia luego de una campaña de prensa injuriosa. Al parecer Isabelle es indeseable por varios motivos, entre los que figuran su pasado anarquista y su inquietante presente anticolonialista. Pero muy en particular por un elemento propio de una conducta que subvierte claramente el orden natural de las cosas: sus paseos en ropas masculinas.

–Díganos si el hecho de que una mujer lleve ropas masculinas es considerado un insulto a la religión musulmana, desafió el presidente del tribunal.

–Simplemente, se considera inadecuado –respondió Isabelle.

–¿Por qué lo hace entonces?

–Es práctico para montar a caballo –sentenció ella con la fuerza de una lógica inquebrantable. Luego de la expulsión, volvió. El desierto era su imán.

"Ayer por la tarde fui solo y a caballo junto al camino de Touggourt a las poblaciones sembradas a su lado. (...) Retomado el camino de El Oued, al ocaso. En la duna grisácea contemplé cómo caía la arena indefinidamente, como las olas blancas de un mar silencioso. Hacia el oeste, la cumbre de una gran duna puntiaguda parecía humear como un volcán. Luego el sol, primero amarillo y envuelto en vapores sulfurosos, se coloreó poco a poco con sus ricos tintes de apoteosis... Ayer, mientras montaba a caballo, escuché muy cerca los lamentos que anuncian la muerte en los países árabes."

Lo que Isabelle escuchó fueron los lamentos de su propia muerte, absurda como todas pero más incomprensible que ninguna. El 21 de octubre de 1904, la ciudad de Ain-Sefra (Fuente Amarilla), situada al sur de Orán y rodeada de altas montañas, se vio superada por la crecida de los ríos Sefra y Mulen. En su furia, un limo ocre sepultó a la ciudad que vigilaba el desierto. Entre las 26 víctimas fatales se hallaba esta muchacha de sólo 27 años que decidió unir su destino a las huellas perdidas en la arena.

PARÍS, EL INFIERNO

El camino inverso también puede ser duro. Idriss al'Amraoui tomó el tren por primera vez en su vida en ocasión de un viaje por Francia en 1860. Sin poder creer a sus ojos, describió el alucinante medio de transporte con estas palabras: *"Es una pequeña estructura cobriza, de aproximadamente ocho palmos de largo y otros tantos de ancho, montada sobre cuatro ruedas de hierro y compuesta de dos partes: la interior contiene el fuego y la exterior una suerte de recipiente lleno de agua. Una parte y otra se encuentran dispuestas por un sistema de norias que genera vapor en un movimiento que poco a poco llega hasta las ruedas, haciendo avanzar esta estructura con potencia... Las ruedas se insertan en vigas de hierro del espesor de un brazo, expuestas al sol y tendidas sólidamente a través de bosques enteros..."*

Idriss al'Amraoui era el enviado del sultán marroquí Mohammed IV, quien lo había hecho portador de un mensaje para "el déspota de los franceses". Llegó a Marsella por barco y siguió viaje a París en el revolucionario transporte. Al atravesar la campaña francesa, surcada de tanto en tanto por innumerables ciudades, burgos y castillos ("es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cierto que los habitantes de este país no conocen el uso de las tiendas"), Idriss exclamó: "¡Qué pena que estos espléndidos paisajes hayan sido dañados por aquellos que los pueblan!"
El mayor defecto de los galos a los ojos del enviado marroquí consistía en no ser musulmanes. Por lo demás, tampoco puede decirse que fueran particularmente agradables. Al'Amraoui no encontrará un gesto amistoso ni tendrá intercambio de ningún tipo con ser humano alguno sino hasta llegar a Auxerre. Fue el intérprete de Napoleón III en persona quien lo acogió en Marsella y lo acompañó en su trayecto hasta el tren, pero su actitud fue el primer fraude que sintió el visitante. "En su mirada se revelaba un sentimiento de odio a los musulmanes. Los tratamos con amabilidad, pero en secreto nuestros corazones los detestan..."
Idriss recién comenzaba su ruta de sorpresas y sinsabores. Descubrirá también otras maravillas tan seductoras como el camino de hierro: el telégrafo, la imprenta, los desfiles militares y el comercio. Junto al tren, serán "las cinco joyas de la civilización francesa". París le ofrece un cuadro escandaloso de hábitos y costumbres inmorales. Se enoja porque los hombres llegan "a permitir que sus mujeres salgan de paseo o vayan a un espectáculo en compañía de un vecino o un amigo de ellos". El pobre Idriss llegó a contar "hasta treinta mil prostitutas que cuentan todas con una autorización oficial para ejercer su actividad y que están clasificadas en varios grupos. Este número no comprende aquellas que no han sido declaradas".
En definitiva, la "decadencia parisina" había llegado a un punto tal a mediados del siglo pasado que hasta los ojos bárbaros de un musulmán eran capaces de observar que la legendaria obediencia de los cristianos a sus mujeres había degenerado en algo "antinatural". Idriss al'Amraoui anotó prolijamente todas sus experiencias francesas en un libro titulado de acuerdo a su particular definición de la capital francesa. "París –nos dice– es el paraíso de las mujeres y el infierno de los caballos."

DESENCUENTROS

Cuando los españoles desembarcaron sobre las Indias para atacar la tierra virgen con sus lenguas de fuego, no fueron pocas las tribus nativas que vieron en ellos a las más bizarras figuras. Los mayas, por ejemplo, no dejaron de advertir la llegada de una extraña raza de centauros: les resultaba casi imposible separar la figura equina de la de sus jinetes.
Por supuesto, los equívocos no ahorraban atajos y se daban en todos los sentidos. De acuerdo a una versión del fraile Marcos de Niza, se asegura que Esteban de Azamor (o "Estebanico el Negro", un esclavo que acompañó a Cabeza de Vaca en cada uno de sus naufragios) notó a comienzos del siglo XVI que *"más al norte de Nueva España indios fabulosamente ricos vivían en las siete ciudades de Cibola: las casas eran de once pisos y tenían fachadas tachonadas de turquesas..."*
Estas visiones fueron frecuentes en aquellas fechas de primeros desencuentros. El alemán Ulrico Schmidl, que acompañó a Pedro de Mendoza en la primera fundación de Buenos Aires, asevera en sus crónicas la existencia de un reino de amazonas en lo más profundo de la selva paraguaya. La localización de ese reino y sus características, a los ojos de Schmidl, es una de las experiencias más fuertes que les haya tocado vivir a los viajeros. *"Entonces marchamos contra esas amazonas. Esas mujeres tienen un solo pecho y se juntan y tienen relaciones carnales con sus maridos tres o cuatro veces al año. Si entonces se preñan y nace un varoncito, lo envían a casa del marido; pero si es una niñita, la guardan con ellas y le queman el seno derecho para que éste no crezca y pueda así usar sus armas, los arcos, pues ellas son mujeres guerreras que hacen la guerra contra sus enemigos. Viven estas mujeres amazonas en una isla, que es grande y está rodeada por agua y hay que viajar en canoas si se quiere llegar hasta allá. En esta isla las amazonas no tienen oro ni plata, sino en tierra firme, que es donde viven sus maridos."*
Schmidl no está solo en su visión. También Cristóbal Colón menciona seres extraños, "amazonas de una especie antigua", en Martinica. Cree haber visto tres sirenas saltando fuera del agua y en noviembre de 1492 oyó hablar de "caníbales que tienen la apariencia de monstruo: ojo único y hocico de perro". En verdad, las obsesiones caninas ya tienen antecedentes en el tiempo y el espacio de los viajeros. El franciscano Giovanni di Pian Carpino, enviado del papa Inocencio IV al encuentro del Gran Khan y primer occidental en llegar al corazón de Asia en 1245 (cuando el fraile ya contaba 63 años), relata una extraña historia al encontrar otro pueblo de féminas, pero en esta ocasión perdido en medio del desierto: *"Cuando se les preguntó por medio de multitud de intérpretes dónde estaban los hombres de la tierra, respondieron que todos los niños que nacían hembras tenían aspecto humano, pero que los machos tenían forma de can. Y como el ejército se demorara en esa comarca, los perros*

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Es insípida el agua?



El agua tiene el color, el sabor y el olor de la vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuidémosla.

El agua no es incolora ni insípida ni inodora. Tiene los colores del arco iris, el sabor de las frutas y el aroma de las flores. *Cuidemos el agua. Cuidemos la vida.*

Aguas Argentinas
Un compromiso permanente con la vida.



SI NO SABÉS SI LEER
UNA REVISTA DE CINE,
O UNA DE MÚSICA,
O UNA DE ACTUALIDAD,
ENTONCES YA SABÉS
QUÉ REVISTA LEER.

LA REVISTA MAS IMPORTANTE
DE LA CULTURA JOVEN MUNDIAL.
ROLLING STONE SUSCRIPCIONES. TEL.: 4514-4070.
TODOS LOS MESES EN TU QUIOSCO.

Rolling Stone

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



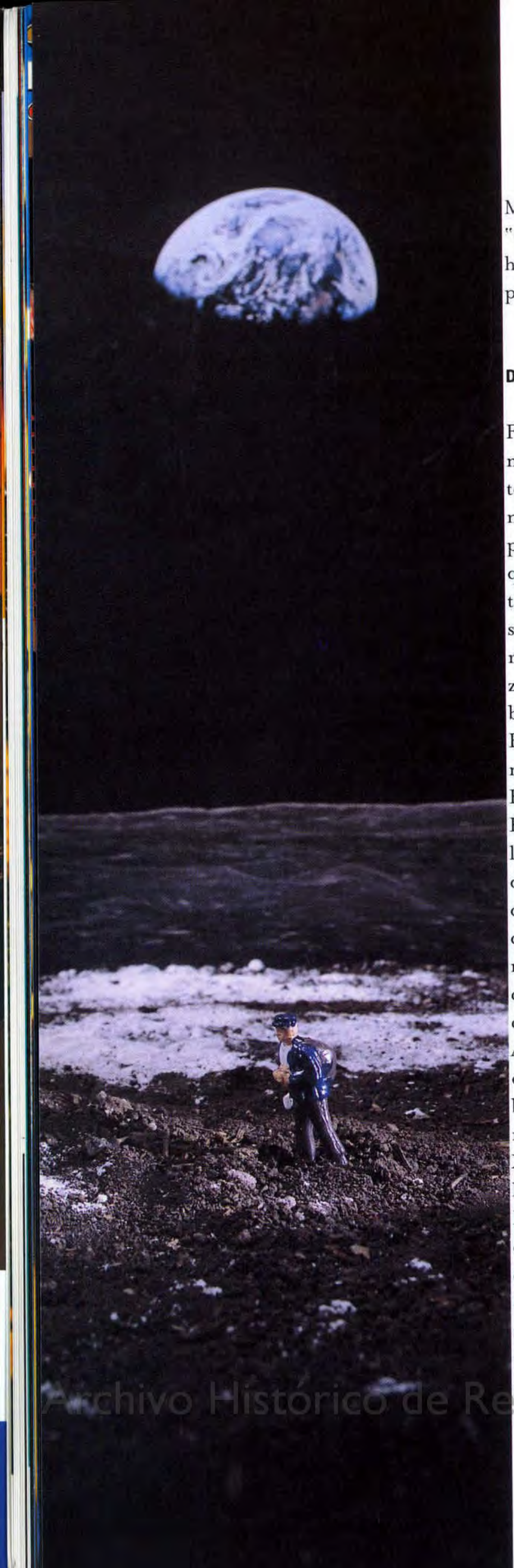
se congregaron en la otra orilla del río, y siendo como era lo más crudo del invierno, se echaron todos al agua e inmediatamente después se revolcaron en el polvo y así, el polvo mezclado con agua se congeló sobre su piel; al repetir muchas veces la misma operación quedaron recubiertos de una coraza de hielo, y entonces se lanzaron rabiosos a luchar contra los tártaros. Las flechas que éstos les disparaban rebotaban en su piel como si hubieran dado en una piedra; el resto de sus armas tampoco podía inferirles ningún daño. En cambio, los perros, saltando sobre ellos, hirieron y mataron a muchos a dentelladas; y así los expulsaron de su territorio. En recuerdo de este hecho corre entre ellos un refrán: 'A tu padre (o a tu hermano) lo mataron los perros.' A las mujeres que habían hecho prisioneras los tártaros las condujeron a su patria y en ella vivieron hasta el fin de sus días".

No son las únicas "maravillas" que los viajeros del siglo XIII habrán de encontrar en su camino. Además de los cinocéfalos, seres con cabeza de hombre y cuerpo de perro que intercalan ladridos en su lengua natural, también el desprevenido podía tropezar con los ciclópedos que a veces circulan sobre un pie y a veces sobre otro, realizando una desconcertante cabriola. O bien con cíclopes o incluso criaturas de tres ojos –uno de ellos mirando fijo desde el vientre, como un ombligo ocular–. En última instancia estaban los unípedos, cuya planta del pie se veía tan desarrollada que podía servir de sombrilla. Los misioneros, hasta Marignolli a mediados del siglo XIV, relataron estas leyendas con lujo de detalles. Marco Polo, en su regreso de China, también colaboró con un muestrario de increíbles maravillas, dentro de las cuales las más comunes eran los grandes dragones de cuyo cerebro podían extraerse piedras preciosas.

África no fue menos generosa en su provisión de prodigios. El portugués Diego Gomes da cuenta que en Mauritania existen seres provistos de *"acerados picos, cubiertos de pelos y con una larga cola"*, en tanto que otro explorador, Esmeraldo de Situ Orbis, relata que en Guinea existe una raza de "hombres salvajes que los antiguos llamaban sátiros, cubiertos de pelos o cerdas casi tan duras como las de un puerco; parecen criaturas humanas y hacen el amor con sus mujeres como nosotros con las nuestras. Pero en lugar de hablar, ellos gritan cuando se los lastima". ¿Acaso los portugueses tomaron por hombres a los chimpancés? Es posible, si pensamos que también, debido a su rapidez, confundían las embarcaciones indígenas con pájaros de madera.

El viaje propone siempre lo maravilloso, a veces en forma exagerada, otras bajo el diseño de una fotografía deforme por la sensibilidad de quien la ve. *Il Milione* o *Libro de las Maravillas*, de Marco Polo, no puede leerse como un simple itinerario, entre otras cosas debido a que resulta incluso difícil discernir la secuencia en que se desarrollaron sus desplazamientos. En ocasiones, el autor se entrega a la digresión y elige sus descripciones. No obstante, su libro es un "reportaje" en el que no falta casi nada. En lo que concierne a China, su exactitud es confirmada por los documentos sobre ese país. Las exageraciones, cierta credulidad respecto a fábulas inverosímiles o incluso ciertos errores, no autorizan a dudar de su buena fe. Un hombre, si está lúcido, rara vez miente en su confesión final; cuenta el religioso Jacopo de Cequi, quien asistió a Marco Polo en el trance de su muerte (éste hizo su testamento en 1323) y lo interrogó "porque había muchas cosas extrañas en su libro y éstas desafiaban toda credulidad", que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Marco le aseguró no haber revelado "ni la mitad de todo lo que realmente había visto". Y no hay razón alguna por la cual no creerle.

DESMESURAS

Fuego y agua. La inmensidad no escatima penalidades. Y si los navegantes de todos los tiempos se enfrentaron por mares y océanos con maremotos y tempestades, dragones acuáticos y sirenas, quienes se aventuraron por los ríos no tuvieron una calma mayor. "Los ríos son los caminos líquidos de la memoria" afirma Cheto, guía y cazador venezolano que tiene en los yanomani y las boas a sus mejores amigos.

El asombro de Marco Polo es todavía más vivo frente a los ríos chinos, el Hoang-Ho y sobre todo el Yan-tse-Kiang. Según dice, "este río tiene una longitud de 120 jornadas y se alimenta de otros ríos que lo hinchan y acrecientan, uno después de otro". ¿Ríos que se alimentan de ríos? "¿Por qué no?", se anima Cheto desde la melancolía de su boca sin dientes. "Los ríos comen de todo. Incluso tierra y cielo."

Aparecen también otros hombres, otros ríos. Como aquel sueco imposible, Sven Hedin, a quien no se lo ocurrió nada mejor para recibir el siglo XX que cruzar el desierto de Takla Makan, en Mongolia interior, en barco. Hedin encontró "idílica" esta manera de viajar entre las arenas más agresivas del planeta, aun a pesar de los *buranes* (huracanes), los rápidos que interrumpen el fluir tranquilo de las aguas e incluso alguno que otro árbol impidiendo el avance. A veces Hedin abría su caja de música y entonces los acordes de *Carmen* o el himno nacional sueco resonaban en el desierto. Nunca nada parecido se había visto (u oído) en el Takla Makan. Las caravanas de nómades que encontraba en su camino con seguridad interpretaban la visión como un espejismo más. Al llegar al lago salado de Lobnor comenzaba la otra expedición: la caza de ciudades enterradas. La misión no fue sencilla. Dos de sus hombres enloquecieron al beber orina de camello y al no encontrar otro líquido a mano.

Cheto, el venezolano, aplasta un mosquito de tamaño gigante contra su antebrazo cobrizo. Nunca escuchó hablar de camellos, pero se las arregla a la perfección en la pesca de pirañas. De todas formas, prefiere la carne de cualquier serpiente. De improviso suelta un pequeño grito de alegría, se para en un extremo de la barca, saca su miembro gigantesco y expulsa un chorro interminable en dirección al río. "Llegamos al Baria, brazo meridional del Casiquiare, del cual es afluente el Pasimoni. Hay que saludar al río como es debido...". Me pregunto si Humboldt tuvo la misma cortesía.

"Mire amigo, el asunto es sencillo: la felicidad crece a cinco centímetros del suelo. Allí encuentro todo lo que necesito para vivir. Agua, comida, pieles, semillas... Todo." Para Juan Díaz no parece existir más secreto que ese para ser feliz: cuando la tierra no dé más allí, en Juliaca, caminará hasta otro lugar donde encuentre esos cinco centímetros vitales. En el camino, en sus historias, no hay cinco centímetros. Una ruta se pierde, baja hacia un atardecer inesperado, y esos cinco centímetros se hacen infinitos. No es tanto. La distancia no es tanta. Digo ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LA HISTORIA DEL AHORRO SIEMPRE TUVO ESPECIALISTAS.

HOY A LOS ESPECIALISTAS EN AHORRO Y PREVISION PUEDE ENCONTRARLOS EN EL GRUPO SIEMBRA.

Los fenicios ahorraban en sal, los egipcios en trigo, los hindúes en especias, los chinos en jade y seda, los aztecas en cacao. La previsión siempre fue una necesidad fundamental. Por eso el Grupo Siembra tiene a los mejores profesionales, para brindarle a sus ahorros la seguridad y solidez que usted desea.

GRUPO SIEMBRA
Especialistas en Ahorro y Previsión

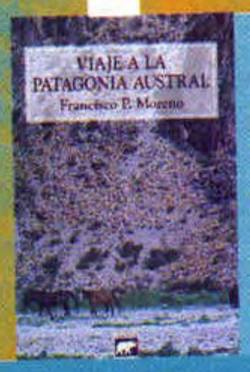
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SOLICITE ASESOR AL 43-44-45-46 O SIN CARGO DESDE EL INTERIOR DEL PAIS AL 0-800-333-45-46.
VISITENOS EN INTERNET EN:WWW.SIEMBRA.COM.AR



POR **Luis Gruss** Periodista y escritor, autor del libro de aguafuertes "Malos poetas". Porteño, nació en 1953

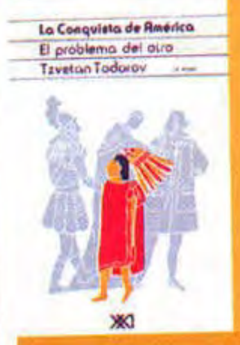
LITERATURA



VIAJE A LA PATAGONIA AUSTRAL

Francisco P. Moreno

En el camino. Más que perito o especialista en cuestiones de límites con Chile, Francisco P. Moreno (1852-1919) resultó un viajero excepcional. Fue nuestro Marco Polo, nuestro Simbad y el gran explorador de las tierras patagónicas. Inicialmente editado por él mismo en 1876, **Viaje a la Patagonia austral** narra con buena y sensible prosa las vicisitudes de un viaje que reconoce como antecesores directos a Charles Darwin (sobre todo en la célebre expedición que comandó Fitz Roy) y a George Musters, en 1870. Moreno recorre el río Santa Cruz, desde su desembocadura en el Atlántico hasta sus nacientes en la cordillera de los Andes. En ese camino llega a los lagos Argentino, San Martín y Viedma. Su epopeya fue absolutamente pacífica y desinteresada. Leyendo este libro uno tiene por momentos la sensación de que el hombre amaba la aventura por sobre todas las cosas. Después de su muerte, el hijo de este incurable romántico encontró unos papeles sobre su mesa de trabajo. Allí Moreno lamenta que después de tantas exploraciones y conquistas territoriales la patria lo quiera tan mal. "Tengo 66 años y ni un centavo –escribe amargamente–. Yo, que he dado mil ochocientas leguas a mi país, más el hermoso Parque Nacional, no dejo a mis hijos ni siquiera un metro de tierra donde sepultar mis cenizas." Pese a todo, el recuerdo del eterno caminante permanece en todos los caminos que Moreno descubrió, recorrió y alumbró con sus pasos.



LA CONQUISTA DE AMÉRICA EL PROBLEMA DEL OTRO

Tzvetan Todorov

Dos maneras de viajar. Todavía se discute en el mundo académico qué fue lo que impulsó a Cristóbal Colón a cruzar un océano lleno de tantos misterios y peligros. Decir que lo hizo por simple codicia sería una manera de simplificar groseramente esa odisea. Aducir, en cambio, que lo suyo fue un gesto meramente romántico y aventurero tampoco alcanzaría. Una de las virtudes de este ensayo clásico del búlgaro Tzvetan Todorov, destacado investigador del Centre National de la Recherche Scientifique, es haber superado con inteligencia ambas interpretaciones. Y la otra es la magistral comparación que establece entre los viajes de Colón y la conquista de México llevada a cabo por Hernán Cortés. Todorov no ha compuesto su libro para contar anécdotas o hacer gala de sus conocimientos históricos. Su objetivo ha sido en realidad hablar del descubrimiento que el yo hace del otro, y formular –a partir de ahí– una aguda reflexión sobre los signos, la interpretación que se hace de ellos y las estrategias de comunicación. A grandes trazos podría adelantarse que para el autor de este libro Colón no pudo o no supo entrar en verdadero contacto con los habitantes del Nuevo Mundo. Primero los vio como santos inocentes dignos de piedad y amor. Pero inmediatamente después de las primeras flechas que recibieron sus soldados cambió de idea. Ahora veía a los "indios" como salvajes enemigos que debía exterminar cuanto antes. En ningún momento, por lo demás, aprendió a comunicarse con ellos. Llegó a escribir que los aborígenes americanos "eran mudos", dado que no hablaban el español. Cortés, en cambio, no cometió ese error. Empezó por aprender los códigos de la gente que se proponía dominar. Para eso, entre otras cosas, sedujo y esclavizó a una americana (la famosa Malinche o Malitzín) que le sirvió de excelente traductora. Acto seguido el conquistador aprovechó las divisiones internas de mayas y aztecas, participó activamente en sus conflictos y arremetió con audacia entre las brechas. "Para Cortés –concluye Todorov– la conquista del saber lleva a la del poder. A partir de ahí mi idea es que reconocer la superioridad de los conquistadores en tal o cual punto no significa elogiarlos; es necesario analizar las armas de la conquista si pretendemos detenerla algún día. Porque las conquistas no pertenecen sólo al pasado." Visto como simple viajero –y haciendo abstracción de sus intenciones– Cortés se muestra agudo y locuaz. Colón, en cambio, se comporta por momentos como un turista superficial de esos que se limitan a fotografiar todo lo que ven sin entender nada. Como subraya el propio Todorov al analizar el diario de viaje del genovés, sus pocas menciones de los habitantes de las islas descubiertas aparecen a lo sumo como un elemento de color. Y en sus diversas anotaciones apenas les concede un espacio tangencial situado en algún lugar impreciso entre los pájaros, las bestias y los árboles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



PROSA DEL TRANSIBERIANO

Blaise Cendrars

Suelas voladoras. Poesía del viaje y de la acción, la de Cendrars (1887-1961) es también la obra de un explorador siempre insatisfecho. Ya sea en París o en el Amazonas, en Río de Janeiro o en Moscú, el gran autor francés compone un curioso inventario de paisajes y sensaciones. Su afán impresionista, con todo, no se queda en el registro fotográfico. "La serenidad sólo puede lograrla un espíritu desesperado –escribe–. Hace falta haber vivido mucho y amar aún el mundo." Montado en sus suelas voladoras el poeta describe una parábola fantástica. No es un turista, claro. El hombre que pierde un brazo en la Legión Extranjera y practica después treinta y tantos oficios distintos es marino, soldado, contrabandista, bibliófilo, buscador de oro y hasta apicultor. En su célebre **Prose du Transsibérien** (1913, dedicada "a los músicos") escribe en primera persona y se remite a un tiempo de adolescencia y exaltación lírica. "Yo era tan mal poeta que no sabía ir al fondo de las cosas", dispara, mientras arma su discurso torrencial con un lenguaje que por momentos recuerda al del ruso Maiakovsky. Cada mañana el mundo se construye y se derrumba para él. "Si fuera pintor derramaría mucho rojo, mucho amarillo sobre el final de este viaje", imagina en pleno delirio ferroviario. Cendrars compone una poesía visual, expresionista, poco afecta al romanticismo de segunda mano. Cuando murió en París, en febrero de 1961, sus amigos retiraron el ataúd por la ventana. Y así fue como llegó al otro mundo este pasajero inclasificable y sensual.



LOS PREMIOS

Julio Cortázar

Barco fantasma. Los pasajeros del "Malcom", nave insignia de la Magenta Star, sospechan que así no van a ninguna parte. Han sido premiados con un viaje y acuden sin demasiada convicción. El buque se mueve "sobre un mar de goma, bajo un aire de tiza" y casi todo lo que sucede a bordo parece ilusorio. De pronto el capitán convoca a los pasajeros para informarles que fueron detectados dos casos de tifus entre los tripulantes. Pero ni siquiera esa noticia alcanza a conmover la rara abulia del pasaje. El tiempo parece alargarse infinitamente en **Los premios**, la primera novela de Julio Cortázar (1914-1984). Y si bien no se encuentra allí todavía el desborde lúdico que irrumpiría con **Rayuela**, el lector avisado puede reconocer algunos rasgos clásicos de una prosa significativamente densa y dotada de múltiples pistas y escondites. El viaje arranca misteriosamente en un café porteño. "Uno debería preguntarse qué necesidad hay de embarcarse", reflexiona de pronto Medrano –uno de los personajes–, a lo cual López, su interlocutor, le responde: "Bueno, supongo que viajar siempre puede ser más divertido que quedarse en tierra". Entre la tierra y el cielo el crucero adquiere por momentos dimensiones alegóricas que el autor niega al final con ironía. Algunos críticos, sin embargo, insisten en que esta novela –publicada inicialmente en 1960– es en realidad una descripción sagaz, poética y novedosa de la compleja realidad argentina de aquellos años.



SOLARIS

Stanislav Lem

El mar vivo. La estación Solaris sobrevuela un planeta muy lejano. Por momentos el astro parece un océano vibrante, una especie inconcebible de cerebro perdido en el espacio. Hace tiempo que en la tierra no se tienen noticias de los astronautas destacados en semejante lugar. Entonces, como para aclarar las cosas, el Centro Espacial decide enviar a Kelvin, un viajero excéntrico, un hombre que aprecia las emociones simplemente humanas y el lenguaje secreto de la naturaleza. Cuando llega a Solaris encuentra un panorama desastroso. Un tripulante se suicidó. Los otros están locos o casi. Al poco tiempo se entera de que el planeta posee el extraño poder de materializar los recuerdos de quien navega en sus proximidades. Kelvin mismo es "visitado" por su esposa muerta hace años en un accidente. Pero ella, surgida como una emanación del aire, es una realidad tangible y está dotada de personalidad propia. Su cuerpo incluso puede ser amado aun en su condición virtual o evanescente. Los demás cosmonautas no soportan estas deliciosas aunque también terribles invasiones y proponen destruir cuanto antes el océano que las produce. Pero Kelvin elige el camino de entregarse a sus emociones como una manera de comunicarse con el enigmático "mar". El escritor polaco Stanislav Lem ha construido con esta novela una parábola compleja. Su versión cinematográfica –en las manos mágicas de Andrei Tarkovski– la potencia hasta convertirla casi en un manifiesto espiritual. Kelvin ha viajado lejos para desatar, por fin, el nudo de su angustia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Jorge Carnevale** Periodista especializado en crítica cinematográfica. Autor de la novela "Puesta en limpio"

CINEVIDEO

"ROAD MOVIE": EL OTRO SUEÑO AMERICANO

Desde el primer western, el cine estadounidense ha vivido soñando con los espacios abiertos. En las ciudades anidaban el cálculo y la corrupción. Las praderas y las montañas, en cambio, eran tierra de conquista y de aventura. A mediados de los 50 se produce un quiebre: los caballos son reemplazados por las motocicletas y el cuero. En **El salvaje** (1954), Marlon Brando –campera negra, botas y gorra militar– lidera un grupo de furiosos motoristas que se ensañan con un perdido pueblito de la soleada California. Esta idea fascistoide de los jóvenes violentos que se apartan del sistema persiste en algunos títulos oportunistas de los 60, como **Los ángeles salvajes** (1966). A fines de 1969 **Easy Rider** o **Busco mi destino**, un filme de bajo presupuesto (apenas 30.000 dólares), invierte el juego. Lo protagonizaban Peter Fonda y Dennis Hopper, la dirigió este último y la escribieron los nombrados junto a Terry Southern. En los tiempos de Vietnam, la droga y el rock&roll, montados en sus motos, Billy y el Capitán América iniciaban su "cross-country" con escala en Los Angeles rumbo a Nueva Orleans. Iban en procura de un dealer. Amaban el amor y no la guerra, pero esas patillas, ese pelo, esas camperas y esos hábitos se convertían en un insulto para la América tradicional. De ahí en adelante, el viaje por tierra a lo largo de rutas poco transitadas habla del cambio y la apuesta a todo riesgo. Parejas de bandoleros –desde **Bonnie & Clyde** hasta **Asesinos por naturaleza**– van en procura del camino que conduce al cielo o al infierno. Si **Rain Man** llevará al reencuentro imposible de dos hermanos, **Thelma & Louise** reinstala la fuga como una manera de volver a empezar. Una mesera agotada y un ama de casa subestimada vivirán un puñado de horas de gloria, mientras medio país las persigue. Una escapada de fin de semana, un mal encuentro con un violador y dos tiros las convierten en enemigas públicas. Acorraladas en el Gran Cañón a bordo de su T-Bird 56, no van a dar marcha atrás. Está claro que nada será igual, de aquí en más, para los que se largan al camino. En 1998, Robert Redford va hacia una culminación no violenta del género en **Señor de los caballos**.





Algo sigue oliendo mal en las grandes ciudades. Hay que volar de allí. Una niña sufre un feroz accidente a caballo. Pierde una pierna y están a punto de sacrificar al animal. La mamá de la chica se opone a que lo maten. Mete al caballo y a la niña en un trailer y se zambulle en una larguísima travesía, de Nueva York a Montana. Va en busca de un vaquero apodado "el susurrador de caballos". El hombre, dicen, los cura hablándoles. Las dos mujeres, madre e hija, ignoran que han emprendido un viaje iniciático.



LA REINA AFRICANA

John Huston

[1950]

Cuando el productor Sam Spiegel se propuso reunir a Humphrey Bogart y Katharine Hepburn para una curiosa experiencia fílmica en territorio africano, basado en la novela de Cecil Scott Forester, no imaginaba que lanzaba a su equipo a una doble aventura. En la ficción Charles Allnutt, el rústico propietario de una barcaza que transporta material a diferentes poblados del Congo, deberá llevar en una emergencia al reverendo Sawyer y a su hermana Rose, río abajo hasta el primer pueblo. El lugar es atacado por las tropas alemanas, el reverendo muere y Allnutt se ve obligado a seguir viaje con la religiosa, a todo riesgo. La química entre Bogart y Hepburn fue insuperable y el asunto le valió un Oscar al actor, pero el rodaje fue otra historia. John Huston había elegido al guionista James Agee, pero un ataque al corazón le impidió viajar y hubo que reemplazarlo por Peter Viertel. Filmar en Africa fue una pesadilla. El equipo padeció un ataque de avispas negras, el estallido de una caldera con quemaduras para unos cuantos, una invasión de hormigas y el hundimiento de una de las barcazas. Eso, sumado a la obsesión de Huston por cazar elefantes entre una toma y otra. En una época en que la mayoría de las películas se rodaban sin salir de Hollywood, el director exigió que se filmara todo en escenarios naturales. Hepburn y Bogart se metieron en lodazales hasta el cuello y padecieron una que otra fiebre galopante. En la pantalla, claro, todo se ve estupendo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Y LA NAVE VA

Federico Fellini

[1983]

El filme se abre en sepia y sin sonido. Con la deliciosa torpeza de los filmes mudos, vemos cómo llegan al puerto quienes van a participar de esa curiosa celebración, ese homenaje final a la sublime soprano Edmea Tetuá. La diva acaba de morir y sus colegas, amigos, amantes y empresarios subirán a un barco para luego arrojar las cenizas de la divina cantante a una isla del Egeo. Se escucha **La forza del destino**. Embriagados de Verdi, los tenores, las sopranos y los bajos cantan a todo pulmón. La nave parte. Nada saldrá como se previó. Estamos en 1914 y las consecuencias de los sucesos de Sarajevo se harán notar. Un grupo de refugiados serbios se suma a la tripulación. El gran duque de Prusia viaja en el "Gloria N." con su séquito y una hermana ciega que tiene visiones y pasiones desenfrenadas. Un cronista chacotón lleva adelante la crónica de los sucesos, hablando a cámara entre uno y otro esquicio. Para el gran duque los serbios son anarquistas que hay que echar de la nave cuanto antes. Un torpedero austro-húngaro exige al capitán que le entregue a los refugiados. El oficial se niega y los cañonean. La nave se hunde como el Titanic. El cronista se salva en un bote. Mientras el barco hace agua, en una de las cabinas alguien mira inconsolable una vieja película de la diva perdida y lagrimea. En una de las últimas secuencias, Fellini desnuda todo el andamiaje ante los ojos del espectador: muestra la cocina del Estudio 5 de Cinecittá y a un ejército de operarios moviendo la nave de fábula. La maravillosa mentira del cine.



LA VIDA SEGUN MURIEL

Eduardo Milewicz

[1997]

Verdadera curiosidad para el cine argentino. Si en **El viaje**, de Pino Solanas, y en **Una sombra ya pronto serás**, de Héctor Olivera, la búsqueda de otros caminos, el viaje iniciático era prerrogativa de los varones, en **La vida según Muriel** son las mujeres las que eligen la posibilidad del cambio en otro lugar. Laura (S.Villamil), joven madre de una nena de 9 años, separada, harta de la vida que lleva en Buenos Aires, decide quemar las naves. Junta todos sus ahorros y se larga con su hija al sur, a Villa La Angostura. Pero la realidad y los sueños a menudo se dan de patadas. Poco antes de llegar, el auto se desbarranca y va a parar con su dinero al fondo del lago. Sin un centavo, sin saber adónde ir, en el colmo de la desesperación, acaba pidiendo refugio en la vivienda destartalada de Mirtha (I. Estévez), otra porteña abandonada por su pareja, que sobrevive como puede con dos chicos. Llegó a la zona tiempo atrás con la intención de levantar una hostería, pero todo se fue al diablo en pocas semanas. De entrada, Laura y Mirtha no congenian. La recién llegada encuentra todo mal. La otra la mira con recelo. Sin embargo, la adversidad acabará por unirlas. La historia se narra desde la perspectiva de Muriel, testigo y partícipe de la transformación que se está operando en su madre y en ella misma. Milewicz aprovecha el escenario natural para brindar una obra de intensidad poco frecuente, con un sutil correlato a cargo de Caetano Veloso en la banda sonora.



GUANTANAMERA

Tomás Gutiérrez Alea y Juan C. Tabío

[1995]

Fiel a su cine y su país hasta el final, Tomás Gutiérrez Alea (fallecido pocos meses después de acabado el rodaje), en colaboración con su discípulo Juan Carlos Tabío, elige la fórmula del "road-movie" para desnudar una geografía, pero lo hace a la cubana. El responsable de la exitosísima **Fresa y chocolate** opta por la comedia agridulce –una suerte de neorrealismo tropical– para hablar de su circunstancia y su gente, sin tapujos. No hay temas prohibidos. Gran amigo de Fidel, Gutiérrez Alea fue el hombre de cine que mejor reflejó la realidad de su tierra. Sin agachar la cabeza ni pedir permiso a los comisarios de turno, señaló en cada momento, con cada filme, las contradicciones y posibles desviaciones de la revolución, como compañero de ruta. Un coche fúnebre avanza a los tumbos desde Guantánamo a La Habana. Todo un trayecto. Una anciana cantante se ha reencontrado con su amor de juventud en la punta de la isla, para morir en sus brazos. Su sobrina, su viejo novio y un par de amigos van a ocuparse de llevar sus restos a la Capital. En el camino no faltan los obstáculos que pone la burocracia, los amores fugaces que todo lo complican, las carencias y la necesidad de empujar para adelante, a pesar de todo. Un camionero mujeriego entrelazará su destino con una maestra cuyo matrimonio hace agua. Con ironía, la movida peripecia se permite el brillo cegador de la pasión, la picardía, la aventura, los imprevistos, la gracia, la frescura y las decisiones capaces de cambiarnos la vida con un solo gesto. En todo momento, los ritmos caribeños se anudan con la mirada crítica. Una síntesis admirable.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Juan José Millás** Escritor español. Entre sus libros figuran "El orden alfabético", "La soledad era esto" y "No mires debajo de la cama"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FOTOS **Leo Vaca**



RESPIRAR MENTIRAS

LA TIRANÍA DEL AIRE ACONDICIONADO

Me gané la vida durante algún tiempo en una multinacional cuyas oficinas madrileñas estaban situadas en un edificio inteligente, dotado de una refrigeración perspicaz a la que debo una bronquitis imperecedera o crónica. Durante los meses de julio y agosto[1] trabajaba con un grueso jersey de cuello alto que me colocaba sobre la ropa de verano, y a media mañana salía a la calle para refugiarme durante unos minutos bajo una marquesina de autobús, muy castigada por el sol, hasta que me descongelaba como en el interior de un microondas y volvía a subir para colocar a la derecha los papeles que antes había puesto a la izquierda. Un trabajo muy creativo que compartía con otras ocho o nueve personas profundamente divididas a favor y en contra de la refrigeración. Las pasiones que levantaba el frío artificial en aquel despacho sin ventanas eran de tal calibre que cuando llegaba un empleado nuevo no se le preguntaba por sus ideas políticas, sus creencias religiosas o su capacitación profesional, sino por sus tendencias climáticas.

Durante el tiempo que permanecí en aquella nevera hubo dos guerras civiles dentro del edificio: la primera, entre detractores y admiradores del frío sintético; la segunda, más tarde, entre fumadores y ex fumadores. Yo perdí las dos, y aunque podría hablar con odio de los vencedores, he de reconocer que entre conflicto y conflicto estival se sucedieron largos inviernos de confraternización, amenizados por pasiones venéreas y festejos gastronómicos durante los que todo resultaba perfecto hasta que algún insensato sacaba a relucir el tema del aire acondicionado, cuya sola mención disparaba el odio ancestral entre los partidarios de las temperaturas altas y las temperaturas bajas.

Con los años, el edificio inteligente y saludable se fue volviendo tonto y enfermizo, de manera que no era raro que en enero escupiera frío y en agosto calor. Además, tenía halitosis y una tos seca sobrecogedora. Al mismo tiempo, sus ocupantes empezamos a padecer de las vías respiratorias. Por consejo del jefe de personal acudimos, en lugar de al médico, al técnico de mantenimiento, según el cual los conductos del edificio tonto estaban llenos de bacterias y microorganismos que sin duda eran los causantes de nuestras faringitis y migrañas. Un psicólogo industrial, por su parte, no dudó en afirmar que también debíamos a sus emanaciones el mal humor que a última hora de la tarde nos hacía discutir a muerte y tirarnos los archivadores a la cabeza por cualquier tontería.

Gracias a estas informaciones, el odio que había entre nosotros se volvió contra el edificio uniéndonos a frioleros y calurosos, fumadores y ex fumadores, creyentes y ateos, con tal fuerza

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

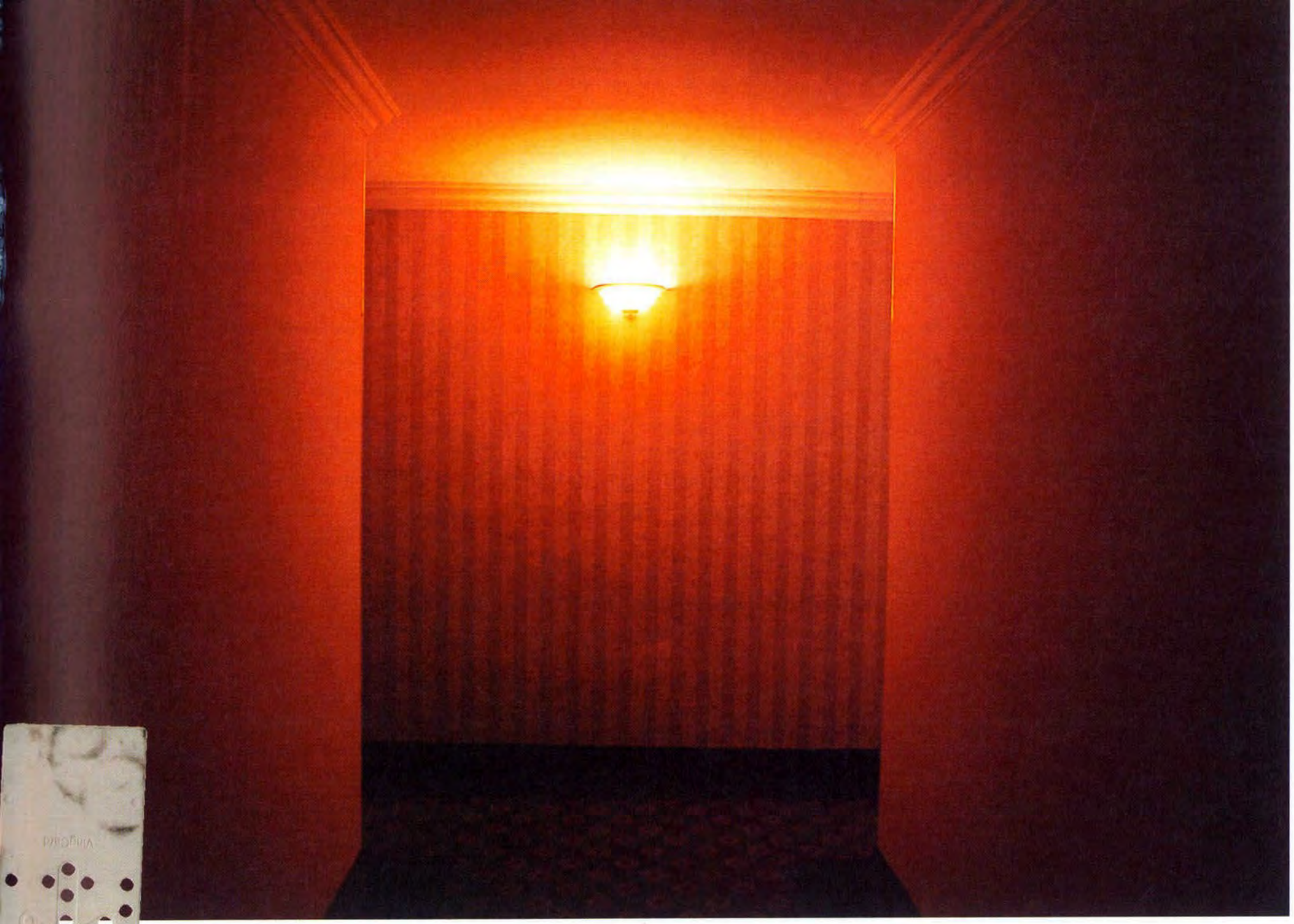


que durante unos días volvimos a creer en la Historia, con mayúsculas, en la lucha de clases, con minúscula, y en la "famélica legión", entre comillas. Hicimos tres o cuatro huelgas con resultados más bien pobres desde el punto de vista de las conquistas salariales, pero en su transcurso se formalizaron un par de relaciones sentimentales que acabarían en matrimonio.

Fueron sin duda los mejores días de nuestra forzada convivencia. Discurría el mes de julio y el jefe se había ido de vacaciones. El aire acondicionado, completamente fuera de sí, escupía frío a ratos y a ratos calor, además de un conjunto indiscriminado de hongos y ácaros que se introducían por nuestras fosas nasales tras flotar a la deriva por el despacho. Decidimos tapar sus salidas con archivadores de cartón, pero las destapábamos todos los días, después del aperitivo de la una, para arrojar a su interior los restos de la fiesta, fueran rajas de salchichón o huesos de aceitunas. Meses más tarde, en noviembre, cuando comenzamos a hacer horas extraordinarias para cerrar el ejercicio, se oían al anochecer unos gemidos procedentes de las entrañas del edificio que le ponían los pelos de punta al más templado. Con el tiempo conseguimos tomárnoslos a broma, y aventurando que quizás algún obrero se había quedado atrapado al sellar los conductos de la refrigeración, continuamos arrojando trozos de pan, pedazos de ensaimada y las sobras de las celebraciones con las que despedíamos a los jubilados. El edificio, completamente omnívoro, se tragaba más porquería de la que éramos capaces de producir, digiriéndola en un abismo de frío y vértigo al que daba miedo asomarse.

Cierto día, una compañera se presentó en la oficina con una pareja de hámsters que hasta ese momento habían pertenecido a su hijo. Estaba harta de los animales, que se escapaban cada poco de la jaula y roían los cables de la luz y del teléfono, además de reproducirse sin cesar. Nos los ofreció generosamente a cualquier precio, pero nadie quiso hacerse cargo de ellos. En-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



tonces propuse que los arrojáramos por el conducto del aire acondicionado. Después de todo, siempre habíamos creído que había vida al otro lado. Los ex fumadores cristianos, los ecologistas agnósticos y dos militantes sindicales pusieron algunas objeciones retóricas, pero en el fondo estaban encantados con la idea. De modo que yo mismo, quizá porque tenía más desarrollado que mis colegas el espíritu investigador, cogí a los animales por el pescuezo y dejé que se deslizaran uno detrás de otro por aquella faringe oscura de poliuretanos y vinilos, que en cierto modo era ya la continuación de la nuestra. Y no es un modo de hablar: por aquellos días se hicieron públicos unos informes según los cuales la ingestión de determinados alimentos había creado en el organismo humano un depósito de materia plástica que formaba ya parte de nuestra constitución.

El caso es que unos meses más tarde, durante la hora del bocadillo, leí en el periódico que en los respiraderos del aire acondicionado de un edificio enfermo de Monterrey, México, se había detectado la existencia de una colonia de hámsters perfectamente adaptados al medio. Alguien aventuró la posibilidad de que fueran los hijos de nuestros dos animales y en ese mismo instante esbozamos, medio en broma, medio en serio, la teoría de que había en el universo una red de aire acondicionado que unía las ciudades más alejadas entre sí, de forma que si arrojabas a un jubilado por los conductos de un edificio de Madrid podría aparecer, caso de adaptarse a las temperaturas reinantes, en otro de Nueva York. De ahí que a partir de ese momento sólo introdujéramos en los tubos de la refrigeración hámsters debidamente anillados, para verificar, si llegaran a aparecer en otra oficina lejana, que eran los nuestros. No tuvimos noticia de ninguno, la verdad, pero tampoco llegamos a contar con los medios materiales precisos para dar a conocer nuestro proyecto e interesar en él a otros oficinistas de allende los mares.

En cualquier caso, la costumbre de arrojar objetos y animales por los conductos de la refrigeración se transfor-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mó en un rito. Todos teníamos depositado imaginariamente en aquellas galerías a algún ser querido. A un joven empleado temporal, que acababa de perder a sus padres en circunstancias dramáticas, logramos convencerle de que vivían una vida mejor en las entrañas del edificio. Como habían sido muy religiosos, un día les echamos un rosario y un misal que no volvieron a aparecer por ningún lado. Eramos felices, la verdad, con aquel aire acondicionado que aunque ya no producía ni frío ni calor (pero sí migrañas y conjuntivitis) se había convertido en el depósito de nuestros fantasmas. Cuando falleció el jefe del departamento, que tenía un miedo enfermizo a la muerte, yo mismo le hice llegar a través de la refrigeración un libro de autoayuda titulado *Los ataques de pánico*, para que no se dejara dominar por el espanto al contemplarse a sí mismo de cuerpo presente.

Pasó el tiempo, en fin, y la vida o los trienios nos dispersaron. Un día, el periódico publicó un artículo sobre los edificios enfermos y el asunto, de repente, se puso de moda. A mí no me había abandonado la vieja idea de que nuestras vías respiratorias, en cuya composición se apreciaban cantidades discretas de PVC, eran ya la continuación de las vías respiratorias de los edificios modernos, pudiendo darse el caso de que una faringitis aparecida en mi garganta hubiera comenzado a fraguarse en los bronquios de unas oficinas de Chicago. Según la abundante documentación de que disponía, el baile de bacterias, hongos, ácaros y microorganismos entre el cuerpo humano y la arquitectura contemporánea era tan común como el intercambio de vinilos y resinas sintéticas. En otras palabras, los edificios se humanizaban con nuestras infecciones del tracto vaginal, respiratorio o digestivo, mientras que nosotros nos arquitecturizábamos con la ingestión masiva de plástico a través de la alimentación de que éramos víctimas.

Decidido a escribir un reportaje sobre el asunto, viajé a Miami para conocer un edificio enfermo del que me habían hablado algunos amigos arquitectos, pero no llegué a verlo, pues la crueldad de la refrigeración hotelera estuvo a punto de matarme. En Miami sólo puedes sobrevivir en la calle, al calor del sol. En el momento en el que caes en la tentación de entrar en el hotel, en un restaurante o una tienda, eres fulminado por un frío seco que en cuestión de segundos te deja sin mucosas, en el caso de que todavía las tengas, lo que depende del grado de mutación de cada uno. Allí la gente vive mutada ya: tienen los conductos respiratorios más ásperos que una pared de cal y al respirar expulsan aire frío y seco, como si los individuos fueran en realidad terminales de una gigantesca red (otra vez la red) de aire acondicionado al servicio, entre otras instituciones con afán de lucro, de la industria farmacéutica. De hecho, el departamento más importante de los supermercados es el de farmacia, y, dentro de éste, el de las medicinas anticatarrales. Las hay de todas clases, de todos los colores, y las que no te matan te engordan.

Quienes sobreviven al frío despiadado que hace en cualquier sitio que no sea la puta calle, con perdón, alcanzan una suerte de eternidad algo repugnante, pero muy apreciada por muchos norteamericanos que se retiran a Miami una vez jubilados. Se trata de una eternidad como de tarde de domingo, en la que si es cierto que no se muere nadie porque ese día de la semana no funcionan los servicios funerarios, tampoco la vida resulta tan excitante como en otros lugares más templados. Por un momento, pensé que Miami era una ciudad construida en el centro mismo del aire acondicionado, ya que al recorrer sus suburbios vi restos de pan y pedazos de bollería idénticos a los que nosotros arrojábamos por los conductos de la refrigeración en nuestra oficina de Madrid.

Hui de madrugada, pues, con un cargamento de medicinas anticatarrales, media tonelada de pañuelos de papel y dos botes grandes de melatonina, una hormona prohibida en España que según lenguas proporcionaba la eterna juventud gracias a sus propiedades somníferas y antioxidantes. En el aeropuerto, una vez pasados con éxito los controles policiales, y cuando resultaba muy complicado volver atrás (es decir, a la calle), anunciaron que nuestro vuelo tenía tres horas de retraso. Eran las siete de la mañana y aunque no había amanecido el aire acondicionado estaba puesto a tope. La sala de embarque era literalmente una nevera industrial como las que aparecen en las películas llenas de vacas partidas por la mitad y en las que se queda atrapado indefectiblemente un personaje friolero y claustrofóbico. Ibamos todos los pasajeros de verano, como corresponde a una ciudad con tan buenas temperaturas teóricas, sin tener en cuenta que los espacios interiores, en Miami, constituyen la verdadera intemperie de la vida. Vi a una madre tapando a su hijo con unas hojas de periódico, el Miami Herald, y yo mismo me coloqué el equipaje de mano, que era una bolsa muy flexible, de plástico,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cabal está en la Red Cirrus.
Efectivo siempre, en todo el mundo.



Ahora su tarjeta Cabal es efectivo en cualquier lugar del mundo.
Porque a través de los cajeros que integran la Red Cirrus
usted puede retirar dinero en efectivo donde quiera que esté a la hora que sea.

Sin fronteras, sin distancias, sin demoras. Esté donde esté. Tiene Cabal, tiene efectivo.



Ahora Cabal en Cirrus red mundial de cajeros automáticos.

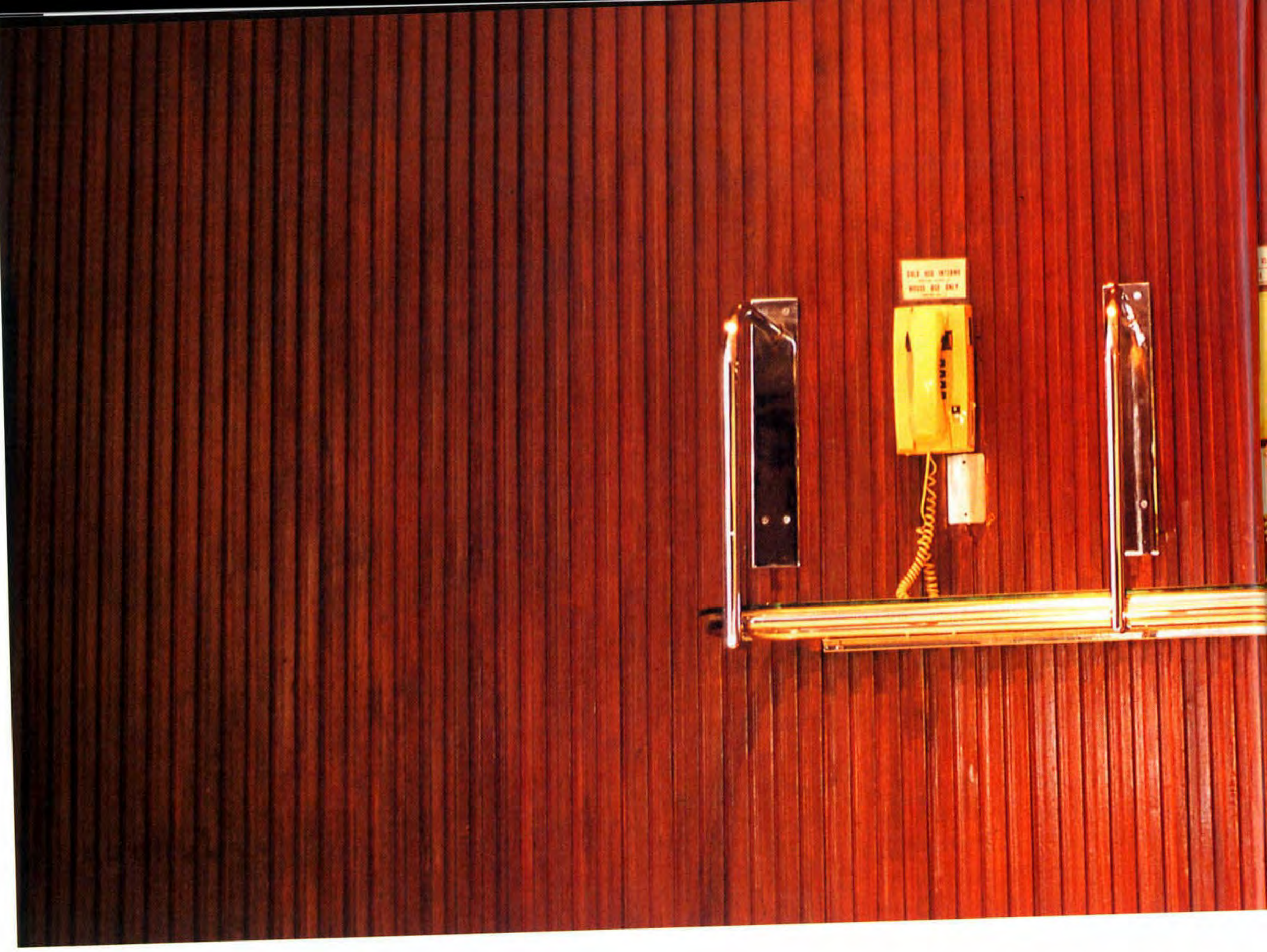
Visite nuestra página en Internet: www.cabal.com.ar Para solicitar su tarjeta Cabal u obtener mayor información: (011) 4319 2509

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CABAL

Una tarjeta como la gente.





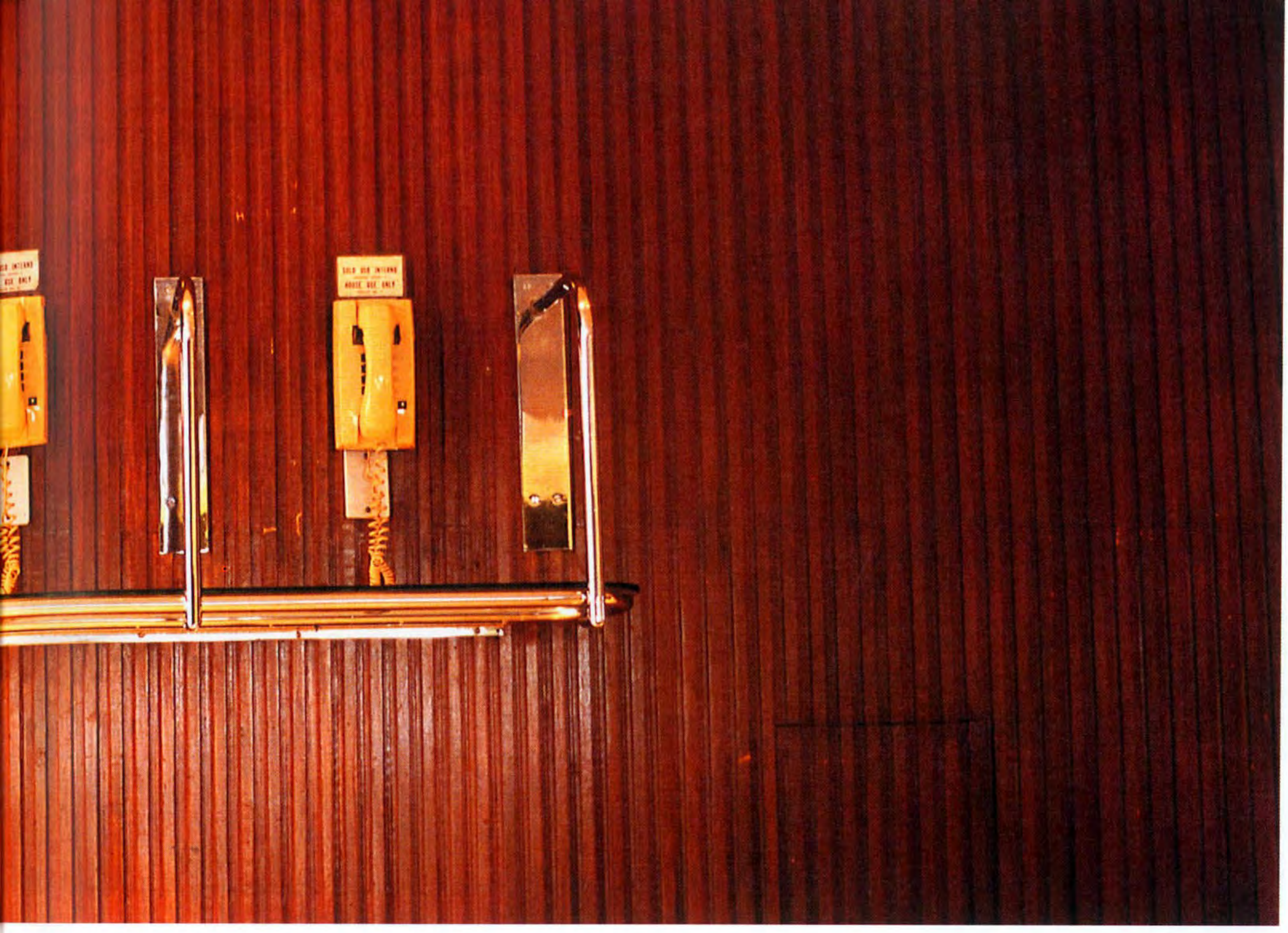
alrededor del cuello, a modo de bufanda. Pasada la primera hora de espera, los pasajeros, completamente cianóticos o azules a causa de la congelación, empezaron a acudir a los servicios para robar el papel higiénico, en el que envolvían cuidadosamente las extremidades. Al rato empecé a llorar y no sé si fue que el llanto me despejó la nariz momentáneamente o qué, lo cierto es que al masticar y oler el aire que salía por los conductos de la refrigeración me di cuenta de que tenía el mismo sabor que el de mi oficina de Madrid. Era el aire de mi oficina, sin duda alguna: reconocí enseguida el perfume a lavanda que solía llevar una de mis compañeras de entonces, afiliada a Comisiones Obreras, así como la peste after shave del jefe, que aunque tenía barba le gustaba usar la loción para después del afeitado a modo de desodorante.

Fue como la constatación de que efectivamente se podía levantar un croquis del aire acondicionado mundial igual que un mapa de las zonas sísmicas unidas entre sí por fallas o hendiduras existentes en el subsuelo. El descubrimiento coincidió no obstante con un grado de congelación irreversible. Alguien gritó:

—¡Por favor, abran herméticamente las ventanas!

Miré a mi alrededor para indicar al autor de tan inquietante frase que no había ventanas, pero al contemplar a los pasajeros de color azul recostados sobre los bancos me pareció que estábamos en la morgue más que en un aeropuerto y me dispuse a dejarme morir. Dio, sin embargo, la casualidad de que en ese momento comenzaba a amanecer y de que a través del grueso muro de cristal que nos separaba de la atmósfera un rayo de sol me golpeó en la frente. Entonces, levanté los párpados congelados y vi flotando en el aire a mi familia, que me hacía señas desde el otro lado del aire acondicionado. Se trataba de una alucinación, desde luego, pero oí con una claridad impresionante las voces de mi mujer y de mis hijos pidiéndome que no me rindiera pese a que, además del frío, por la megafonía del aeropuerto sonaba en ese

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



instante una canción de Julio Iglesias.

Decidí vivir. Recuerdo que me incorporé e hice una serie de ejercicios gimnásticos para combatir el frío. Después, impulsado a ello por mi temperamento científico, tuve aun el valor de acercarme a un guardia que paseaba con un perro adicto a los explosivos para preguntarle si no habían detectado en los últimos años la presencia de hámsters anillados en los conductos del aire acondicionado. Enseguida comprendí por su mirada que si continuaba hablando acabaría deteniéndome, de modo que me retiré y en ese instante anunciaron la salida de mi vuelo, con destino a Guadalajara, México.

Durante aquellos días se celebraba en esta ciudad una feria del libro que me interesaba visitar, por lo que me alojé en un hotel cercano a sus instalaciones. Era muy bueno, de cinco estrellas o más, pero el aire acondicionado estaba pensado para matar a los clientes de menos de cinco tenedores. La habitación, situada en el piso 18, no tenía ventanas, aunque disponía de una enorme cristalera, también hermética, por la que entraba el sol de una forma tan cruel que no había más remedio, a menos que uno prefiriera perecer asfixiado por el efecto invernadero, que conectar la refrigeración. Había un regulador digital en el que podías poner la temperatura a la que querías vivir. Personalmente, como mejor me encuentro es a 22 o 23 grados, pero cada vez que salía de la habitación colocaba el termostato a 16º al objeto de que estuviera, al regresar, lo suficientemente fría como para dormir toda la noche con el aire apagado. Pronto advertí, sin embargo, que cuando volvía de la calle la habitación estaba ardiendo y al otro lado del gigantesco ventanal se veía girar en el aire una especie de buitres, llamados zopilotes, que desde su posición observaban sin duda los cadáveres de los clientes que se habían quedado dormidos con el aire encendido.

El hotel disponía, en fin, de un sofisticado sistema que avisaba al aparato del aire acondicionado cuando el cliente abandonaba la habitación para que se desconectara automáticamente y



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IL POSTINO S.R.L.

CORREO PRIVADO & MENSAJERIA
RNPSP Nº 512

UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

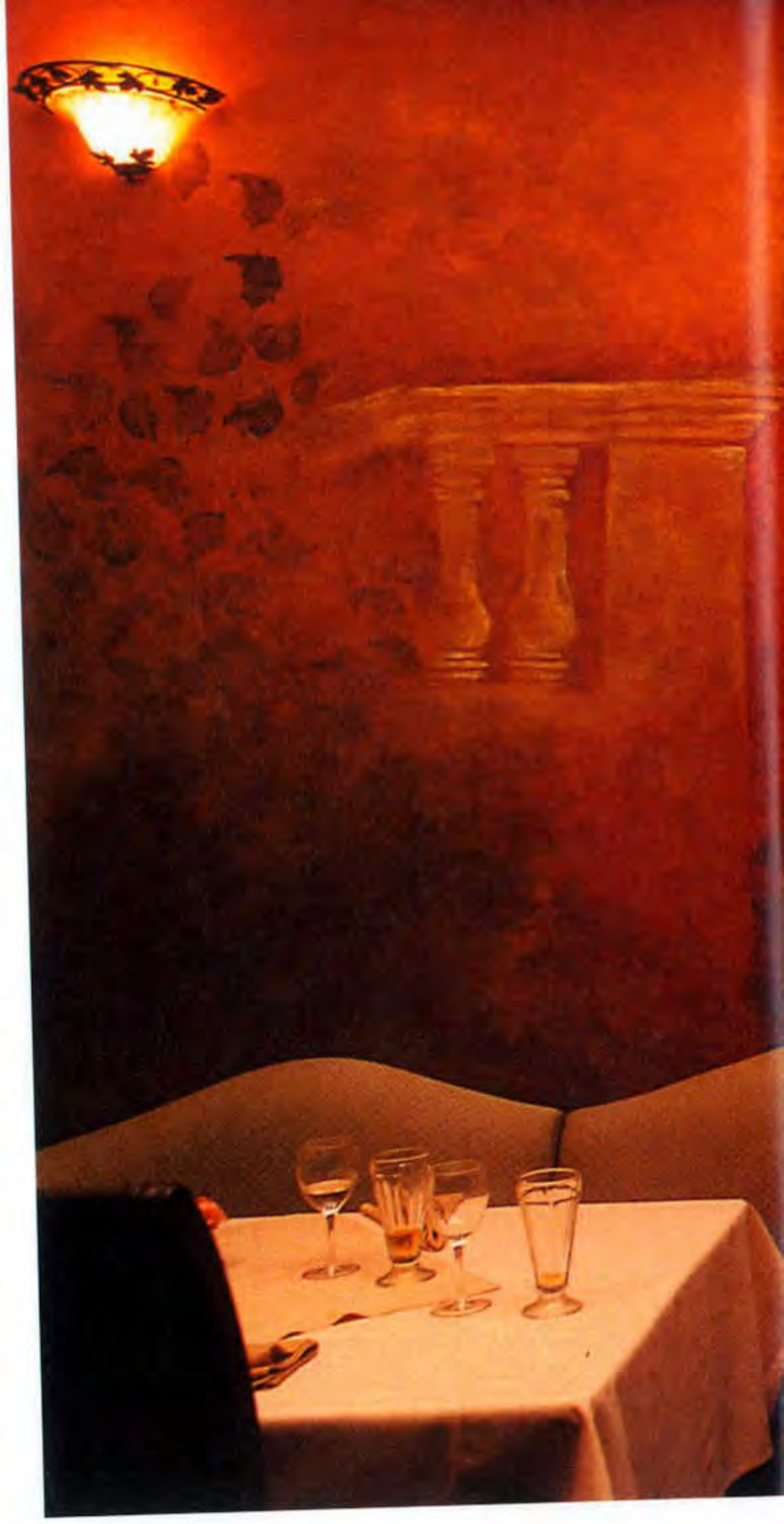
SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines

CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados

Mencionando esta revista importantes descuentos

de este modo economizar energía. Al oírlo entrar, se ponía nuevamente en marcha, haciendo como que no había dejado de funcionar en todo el tiempo. La elección, entonces, era dormir con el aire encendido y morir congelado, o dejarlo apagado y perecer asfixiado por el calor. Hice algo que no me había dado malos resultados en Miami: por la noche salía a dar cabezadas a la calle, con los mendigos, y cuando no tenía más remedio que permanecer en el hotel con la refrigeración activada me refugiaba en el cuarto de baño con el grifo del agua caliente abierto, respirando sus vapores para reponer las mucosas perdidas por la deshidratación permanente.

Por la mañana acudí a primera hora a la feria del libro, y cuando había efectuado la mitad del recorrido noté síntomas de congelación en la punta de los dedos. La brutalidad del aire acondicionado, efectivamente, resultaba insoportable, pero al intentar abandonar el recinto con urgencia me despisté y comprendí enseguida que en aquel estado emocional jamás encontraría la salida. Tuve un acceso de claustrofobia durante el cual volví a ver a mi familia haciéndome señas de que regresara desde el otro lado del aire acondicionado, desde el otro lado de la vida. Realizando, pues, un esfuerzo supremo caminé hasta una caseta y me apoyé en su mostrador. Entonces, miré casualmente los libros expuestos y vi uno titulado *Los ataques de pánico*, que por asombroso que parezca era el que yo había lanzado hacía años por el conducto del aire acondicionado de mi oficina de Madrid, para consolar al jefe de departamento que había fallecido sin curarse del miedo a la muerte. Continuaba, pues, en el centro mismo del aire acondicionado, que constituía un universo gigantesco, autónomo, con sus aeropuertos y sus líneas aéreas y sus ferias del libro, sus matrimonios y todo lo demás. Abrí el volumen, repasé el índice y busqué el capítulo donde se daban instrucciones para combatir estos indeseables estados de ánimo. Lo principal, afirmaba el autor, era pensar que no me iba a suceder nada grave. No moriría, en fin, ni perdería la identidad, no ese día al menos. El libro añadía que después de hacer esta reflexión convenía disfrutar del ataque de pánico, dejarse invadir por él sabiendo que carecía de una justificación racional. Abandoné la caseta menos nervioso, aunque más masoquista, y me detuve en la de al lado. Vi un libro curioso, *El poder curativo de la papaya*, junto a otro titulado *El po-*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



der curativo de la mente. No tenía ninguna papaya a mano, pero todavía me quedaba un pedazo de mente al que le ordené liberar pensamientos positivos, tal como sugería el capítulo correspondiente a los estados carenciales de vitalidad. Nada de disfrutar con el pánico, como aconsejaba el libro anterior.

Seguí las instrucciones y comencé a sentirme bien, lo que me trajo a la memoria que me había perdido, penetrando de este modo en el círculo vicioso de la angustia. De hecho, retrocedí hacia la caseta donde había visto el libro del pánico para solicitar ayuda una vez más, y en ese instante comprendí que la autoayuda era el aire acondicionado del espíritu: te quitaba el sofoco, pero te arrebataba todo el tejido epitelial.

Finalmente, a la hora de comer encontré la salida y huí de Guadalajara en dirección a Monterrey, la ciudad en la que habían aparecido los hámsters que se perdieron en el aire acondicionado de Madrid, y en la que, según la documentación de que disponía, las temperaturas podían alcanzar los 49° a la sombra. La razón me aconsejaba buscar los medios para regresar a casa, pero tenía la impresión de haber empezado a confeccionar la red del aire acondicionado, o de la bronquitis crónica, en la que permanece atrapado el universo y no era cosa de abandonar el empeño encontrándome tan cerca de sus puntos neurálgicos. Siempre me ha perdido el afán de saber. Soy un curioso.

No me habían engañado: Monterrey era sin duda el centro mundial de la refrigeración. Desde la ventana de mi hotel, que daba a una calle ancha, veía pasar todo el día a personas con aparatos de aire acondicionado debajo del brazo. Me dio la impresión de que los compraban ya encendidos, como los televisores, y de que no había forma de apagarlos hasta que ellos mismos expiraban por causas naturales. A todo esto, yo no hacía otra cosa, desde mi paso por Miami, que tomar toda clase de antigripales, anticatarrales, mucolíticos y reguladores de la función nasal o de la sinusitis propiamente dicha para mantenerme en pie. Consumí también varias cajas de pañuelos de papel y acabé con la melatonina, que me proporcionó, es cierto, una eternidad, que, al igual que la de Miami, era una suerte de eternidad dominguera, mala.

En cualquier caso, al volverme eterno, perdí la noción del tiempo y me olvidé de regresar a casa, hasta que cierto día, caminando por una calle llena de tiendas dedicadas a la industria del frío, me pareció escuchar unas voces conocidas procedentes del aire. Me detuve un momento y reconocí en ellas las de mis antiguos compañeros y compañeras de oficina: podía distinguir perfectamente a los ecologistas agnósticos, a los ex fumadores combatientes y a los partidarios o detractores del aire acondicionado, todos empeñados en una nueva guerra civil a favor de esto o de lo otro para demostrar su españolidad sin límites. Me pareció que hablaban de mí. Decían que finalmente había enloquecido con el asunto del aire acondicionado perdiéndome en el interior de alguno de sus numerosos conductos, como los hámsters anillados, sin que mi familia hubiera vuelto a saber nada de mí. Comprendí, pues, que, ahora sí, me

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

encontraba en el centro mismo de la refrigeración artificial, donde caía todo lo que nosotros arrojábamos por los conductos de la oficina de Madrid, incluidas las voces, los hongos vaginales y los virus faríngeos que el mismo aire nos devolvía luego debidamente engordados, para hacernos más daño. Entonces decidí que había llegado el momento de volver a casa, si ello fuera posible, y regresé corriendo al hotel, para hacer las maletas. En el ascensor se coló detrás de mí un hámster al que el recepcionista echó a patadas, pidiéndome disculpas mientras aseguraba que se trataba de un accidente absolutamente excepcional. No le dije nada porque no quería adelantar conclusiones antes de dar a conocer mi descubrimiento a la comunidad científica.

Escapé del aire acondicionado vía México Distrito Federal, y al llegar a Madrid, con cuarenta de fiebre y sin mucosas, alcancé conclusiones sorprendentes al ordenar mis notas. Por ejemplo, que a través del aire acondicionado no sólo se produce una distribución mundial de hongos y aspergillus, sino dosis considerables de sumisión. Un empleado con catarro crónico, tos seca, picores en la piel y conjuntivitis no puede rebelarse contra su empresa porque sabe que no tiene a dónde ir con esos síntomas, que son, entre otros, los que produce la refrigeración artificial. Su autoestima baja al mismo tiempo que la temperatura y llega un punto en el que se conforma con un sueldo que le permita comprarse analgésicos, mucolíticos y pañuelos de papel que consume sin cesar, a veces se los come. El aire acondicionado constituye el mayor distribuidor universal de ideología globalizadora y no sería raro que a través de sus rejillas, además de frío y miedo, las multinacionales emitieran órdenes lanzadas en una frecuencia de onda que sólo fuera capaz de recoger el subconsciente, de modo que resultara imposible rebelarse contra ellas.

La Organización Mundial de la Salud sólo expende el certificado de enfermedad a un edificio cuando éste provoca problemas de salud al 20% de sus ocupantes. La generosidad de esta institución con los inmuebles resulta alarmante si consideramos su fundamentalismo en relación al tabaco, por ejemplo. Quizá si investigáramos a fondo los edificios donde la OMS tiene sus oficinas comprenderíamos por qué no son más radicales.

Antes de cerrar este reportaje, realicé algunas gestiones para que me permitieran adentrarme en las entrañas de un moderno edificio de oficinas de Madrid, considerado como el templo de la arquitectura inteligente contemporánea. Se me denegó la autorización sin que los responsables del mantenimiento pudieran darme una excusa razonable, pero yo me enteré bajo cuerda de que las empresas que tienen sus oficinas en él están asustadas por el número de empleados que se han dado de baja por enfermedad en los últimos meses, sin que sean capaces de atribuirlo a otra cosa que a la porquería que escupen las rejillas del aire acondicionado, lo que de demostrarse significaría desembolsos muy importantes en indemnizaciones. Personalmente sólo pretendía tener la curiosa experiencia de llegar gateando a ese punto donde el aire caliente se transforma en frío, que debe ser muy parecido a ese lugar de Suiza donde el dinero negro se convierte en blanco. Sin embargo, el hecho de que pusieran tantas resistencias no hizo sino confirmar que los intestinos de las modernas oficinas y de los países helvéticos expelen algo más que frío o ácaros muertos (aunque también vivos).

Quizá se comprenda lo que tratamos de decir si se tiene en cuenta que las técnicas de la refrigeración están sustentadas sobre perversiones orgánicas tales como que al poner en contacto dos cuerpos de distinta temperatura, es siempre el caliente el que cede calor al frío, nunca al revés. O que cuando un cuerpo pasa del estado sólido al líquido absorbe calor. Todo ello no puede llevarse a cabo sin producir desajustes morales tanto en el exterior, que se sobrecalienta, como en el interior, que se deshidrata.

Mi experiencia, pues, aunque parcial, constituye un alegato científico contra los ambientes climatizados. Es de esperar que el clamor que su uso empieza a producir en innumerables edificios de oficinas aumente en los próximos años, a medida que se vaya completando el mapa mundial de la red climática falsa en la que vivimos atrapados. Desde luego, Madrid, Miami, Guadalajara o Monterrey son puntos neurálgicos de esa red por la que circulan hongos, bacterias, voces, hámsters, ácaros y quizá jubilados, pero no representan ni el 2% de la malla total. Hay que comprobar a dónde dan los conductos de las oficinas de Nueva York, de Ciudad del Cabo, de Sao Paulo, Brasilia, Medellín o Buenos Aires, pero eso no se puede hacer sin grandes inversiones en hámsters anillados que recorran la red de un lado a otro para ayudarnos a confeccionar el mapa que nos haga comprender nuestras faringitis crónicas, tus conjuntivitis ocasionales, sus vaginitis intempestivas. Todo ello, si la Organización Mundial de la Salud y la industria farmacéutica lo permiten ■

[1] *N. del E.: El autor hace referencia a las estaciones del hemisferio norte.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para ser dueño de la mejor manera de vacacionar, hágase dueño de RCT Club Vacacional.

(Incluye sol, mar, confort, recreación, spa y descanso)

Residencias Cooperativas de Turismo Coop. Ltdo.







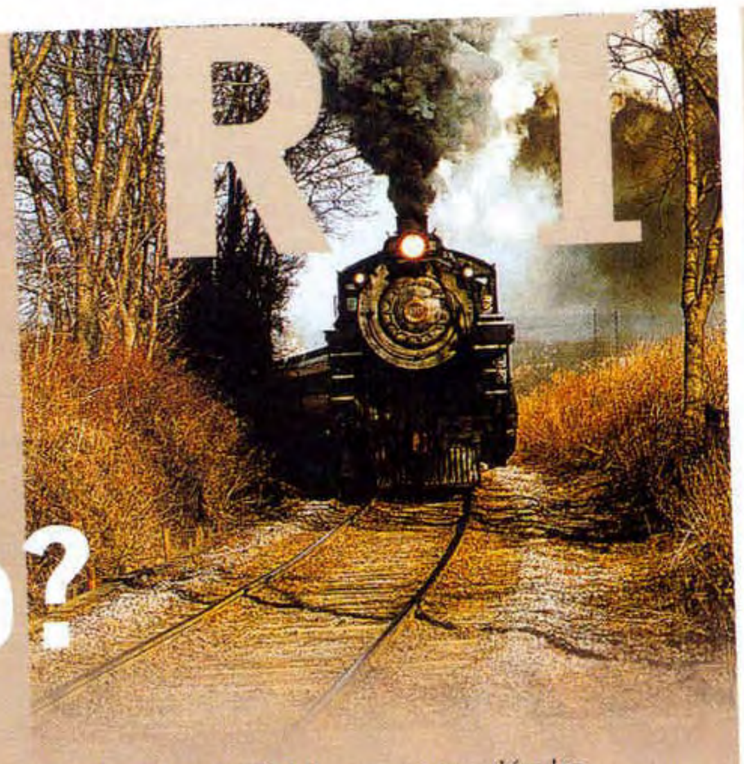
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ruta Provincial Nº 11, Km. 25500 Chapadmalal, Mar del Plata. Informes: 4374 0852 / 0862

RCT
Club Vacacional

¿Leyenda o negocio?

TRENES DE LUJO



Hasta mediados de los años setenta los trenes grandes y lujosos eran considerados como una carga deficitaria de la que había que deshacerse cuanto antes. Las empresas ferroviarias de todo el mundo estaban al borde del colapso y, al igual que el Titanic, los palacios sobre rieles sólo servían para filmar tragedias románticas o películas de misterio. Pero modernamente esa tendencia se invirtió. En Gran Bretaña el envión inicial lo dio el Orient Express así como otro distinguido miembro de la nobleza de los trenes, el Royal Scotsman. En este último caso, la proporción de 32 pasajeros atendidos por catorce empleados ya da una idea de la exclusividad de un viaje que, desde 1985, viene trazando diferentes recorridos por Escocia e Inglaterra. El célebre Transiberiano, en Rusia, también fue rescatado por la misma empresa, pero en una versión artificiosa, ideal para aristócratas nostálgicos.

El Expreso de Oriente había dejado de circular en 1977 pero volvió a ponerse en funcionamiento hace veinte años. La idea era recuperar esas grandes experiencias viajeras que protagonizaron reyes, nobles, espías, artistas, multimillonarios y excéntricos de medio mundo. Y aunque Agatha Christie nunca escribió un libro llamado **Asesinato en el Orient Express** –el verdadero título de la obra había sido el mucho menos encantador **Asesinato en el coche de Calais**– su evocación ha inspirado al menos seis películas, una veintena de novelas y hasta un melancólico foxtrot. Vajillas Limoges o Wedgewood, manteles de Damasco, cubiertos Sheffield, delicadas marqueterías y flores naturales adornan sus tres coches restaurantes, su piano bar y sus vagones de época, totalmente rediseñados, eso sí, como para que lo antiguo no termine conspirando contra la idea del confort.

A un costo de mil dólares diarios por pasajero el Orient Express es, sin duda, el tren más caro del mundo. En esas condiciones –la de un hotel cinco estrellas sobre rieles– resulta un poco difícil asociarlo con la noción de aventura emocionante. Pero así son las cosas. Y si no fallan algunos vaticinios, hasta es posible que dentro de no mucho tiempo el Orient Express llegue a la Argentina con toda la carga de su mítica historia. La idea de los promotores del proyecto es unir Buenos Aires y Mar del Plata en un tren de carácter exclusivo, impulsado por locomotoras a vapor. En caso de concretarse, se trataría de un lujo por cierto inaudito para un país donde –en los últimos años– se han levantado varios ramales ferroviarios de vital importancia para los pueblos del interior.

Turismo

INVENTO MODERNO

En el principio sólo hubo viajeros. Después, en el siglo XIX, los cambios económicos y sociales dieron lugar a la revolución turística. Sus principales promotores fueron los ingleses. Napoleón acababa de perder la guerra. Europa disfrutaba de una relativa paz (alterada de tanto en tanto con alguna revolución) y los efectos de la disparada industrial dejaron un capital sobrante para distraer la vista y el corazón. Se supone que los egresados de Oxford y Cambridge, jovencitos de bermudas planchadas, fueron los primeros turistas. Sus recorridas duraban a veces un año o dos. Y su forma de viajar poco tenía que ver con la de los modernos mochileros. Se cuenta que cuando lord Byron –el primer turista digno de ese nombre– se fue a ahogar a los Dardanelos, llevaba consigo un séquito de cinco sirvientes y un verdadero rebaño de bolsos y valijas. Viajar, todavía, no era un placer. Se trataba en realidad de una aventura llena de riesgos y emociones, de la cual algunos ni siquiera regresaban con vida.



Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IDADES

Viajes virtuales

Existen varias maneras de viajar virtualmente. Una, la más sacrificada, consiste en ir a París y visitar únicamente el Louvre y la catedral de Notre Dame. Nuestros amigos no nos perdonarían que viajáramos hasta allá sin pasar por esos templos definitivos del arte. Ese viaje es virtual porque evita las sorpresas de lo real desconocido. Uno se limita a entrar apenas por esas ventanas seguras donde, al terminar el recorrido, habremos visto nada más y nada menos que lo-que-hay-que-ver.

Existe una variante de esta misma rama que lleva el nombre de parques temáticos. Ingresando a cualquiera de ellos uno puede conocer la selva africana sin moverse de Miami. O viajar al pasado –hasta el mismísimo Jurassic Park– sin correr el riesgo de ser atacados en vivo y en directo por un tiranosaurio rex. Todo es –en realidad– representación, segunda mano, una torpe o magistral imitación de algo que realmente fue.

Todo el mundo sabe que el célebre pucará de Tilcara, en la quebrada de Humahuaca, es apenas un modesto intento de imaginar cómo era un fuerte aborigen hace quinientos años. Pero todo el mundo lo visita y se asombra de lo bien que construían estos indios. Al sur de Tierra del Fuego, en el valle del río Pipo, hay un trencito turístico que remeda al de los presos que habitaban el histórico presidio. El viaje se extiende a lo largo de sólo dos kilómetros y los turistas miran por las ventanas del shopping un triste paisaje de árboles talados. Ni siquiera pueden bajar a acariciarlos. Promediando el viaje, y luego de trasponer un puentecito de madera, puede verse a una tribu de auténticos onas haciendo sus quehaceres. Pero no. Mirando bien uno descubre que en realidad se trata sólo de muñecos.

Ante tanta reproducción en el lugar de los hechos, a veces uno prefiere quedarse directamente en casa y viajar por la web. La idea es buena porque es fácil de concretar y jamás entra arena en los zapatos. Llegar a Phuket, en Tailandia, desde Bangkok, es muy sencillo (ver www.phuketinfo.com/travel/index). Ahí están las mujeres con pareo y sandalias que uno siempre soñó encontrar. A diez minutos de Patong, Karon Beach se perfila como un site más tranquilo, mientras que Kata (www.katadive.com) es un pintoresco parador que tiene como principal atracción al Club Med, un pueblito de pescadores típico de la región. Es verdad que el viajero puede optar por trasladarse realmente desde la pantalla a esos lugares. Pero aun así no hay motivo para desesperar: desde Tailandia también es posible viajar por web a cualquier parte. Para ello existe el Phuket Internet Café (www.khaisabcom/pcafe) o el Go Café de Samui (www.tiscoverasia.com/goin), dos lugares bien equipados como para navegar y no extrañar la civilización.



INTERNET

ES

Cultura y viajes

SINDROME DE STENDHAL



Una dosis demasiado alta de cultura –en el transcurso de un viaje– puede producir graves trastornos psicológicos en una persona. Esto, que parece una broma, es en realidad algo muy serio. Y los síntomas de tal dolencia ya fueron englobados y tipificados por la psiquiatría universal bajo el nombre de síndrome de Stendhal. La vinculación con el nombre del novelista francés (1783-1842) surge de un testimonio que el refinado escritor vertió después de visitar la ciudad de Florencia. Terminaba de recorrer la iglesia de la Santa Croce y salió de allí virtualmente conmocionado. "Absorto en la contemplación de la belleza sublime –escribió luego–, sentí que la veía de cerca, casi la tocaba. Alcancé ese estado de emoción en el que las sensaciones deliciosas que procura el arte se asemejan a sentimientos apasionados. Al dejar la Santa Croce se aceleraron los latidos de mi corazón; sentí que perdía la vida y, al caminar, tuve miedo de desplomarme."

Esa fue la primera descripción de lo que la psiquiatra florentina Graziella Magherini denominó en su idioma **la sindrome di Stendhal**. Se trata, como se ha dicho, de una profunda alteración espiritual provocada por la contemplación excesiva de obras de arte. Los síntomas pueden incluir vahídos, pérdida del sentido de identidad y orientación, depresión y agotamiento físico. El único remedio para este mal es el reposo y alejarse por un tiempo de las expresiones artísticas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

revista LATIDO
Casilla de Correo 144, Sucursal 12 (B), 1412 Buenos Aires
e-mail latido@giga.com.ar

Mundo gemelo

Encontrarse con Latido durante un viaje circunstancial a una ciudad pequeña del interior en un quiosco de supermercado, elegirla sin saber nada de ella, ni siquiera su temática, sólo el sugestivo título "Cambiar de vida, momentos de decisión" y el fondo de retratos difusos y seriados de alguien que me recordó a Lito Nebbia, a quien hacía minutos habíamos escuchado con "la vida pasa y uno queda...", es una casualidad del destino maravillosa.

Leer en voz alta, con mi compañera, la fantástica obra de Luis Gruss "Cambio, luego existo", sentirnos representados como si existiera un mundo gemelo en vivencias, ¿será casualidad? No creo que "el destino sea una casualidad que se organiza". Tampoco sé cómo comprenderlo. De paso, buen tema para un futuro número de Latido: "El destino". ¡Qué pretencioso y confianzudo, hace cinco horas que nos conocemos y ya aconsejándolos!

Sigan así, o mejor mejoren, así no los cambio.

JORGE CARRANZA
jcarranza@arnet.com.ar

N. del D.: *Lo del destino es una buena idea. Quizás en algún momento te la robemos.*

Decepcionado

Una revista muy buena.

Sin embargo, luego del primer numero que tuve oportunidad de leer, los otros me fueron dejando con algo de decepción.

Quizá me tocó comenzar con uno de los mejores, sino el mejor, "Soledad"; y al ir leyendo números viejos y el último, "Cambiar de vida", no tuve ya la misma impresión y el feeling que en un principio.

La expectativa creada para el número de "Cambiar de vida", cuando ustedes anunciaron "Después de leer este número... ya no vas a ser el mismo", distó bastante de la realidad. Incluso, aunque ustedes deban callarlo, creo que tendrán unas fuertes autocríticas respecto de dicho número.

Con tan inquietante título, se podrían haber jugado, mordido y movilizado. Pero todo quedó en un mero relato de situaciones personales, que si bien pueden ser compartidas por muchos, mueren en el terreno anecdótico. Rescato únicamente algunas ideas expresadas en el texto de Luis Gruss, referidas a la abuela que dice "Sin decisiones, no hay destino" y alguna de las "frases que valen la pena". El cambiar de vida exige conocerse, aspiración, autorrespeto, decisión y un fuerte querer.

MAURICIO DAZ
mau@radar.com.ar

N. del D.: *Las críticas, Mauricio, son siempre bien recibidas. Lamentamos que no te haya conformado el número sobre "Cambiar de vida". Sin embargo, y pese a lo que das por sentado, sí te debo decir que a nosotros nos gustó y no nos pareció anecdótico. Si hubiera sido así, habríamos buscado otras notas o reescrito las que publicamos, como más de una vez lo hicimos en estos siete meses que llevamos en la calle.*

Luna de Valencia

Gonzalo me envió desde Bariloche su propio "latido" junto a la revista número 3 sobre inmigrantes y el arraigo. De este lado del charco, en la otra "tierra querida", ahora tierra prometida, los artículos parecen escritos para ser testigos de las lágrimas de los que aunque sea temporalmente estamos lejos del país.

Ahora, después de unos meses me encuentro en la casilla de correo la Latido número 6, "Cambiar de vida". La hojeo fugazmente mientras preparo la comida sin saber qué debo "ingerir" primero. Se me hace un nudo en el estómago y trato de detener mi ansiedad para poder leerla. Un párrafo, un artículo, otro. Es genial, me resulta como un testimonio de sensaciones personales transformándose en sensaciones colectivas por el solo hecho de que más de uno se reconozca en esas líneas.

Y como si la distancia fuera casi imperceptible me hago cómplice de estas dudas, estos miedos y la incertidumbre de no saber quiénes somos, de qué huimos y por qué actuamos como actuamos. De lo que estoy segura es de que existe una forma de cambiar y es a través de la búsqueda, esa que nos permite ser curiosos, sorprendernos y, en la medida de lo posible, crecer.

No importa que esto sea Valencia, ni que sea invierno, ni que falten tantos días para cruzar de un siglo a otro. Estas sólo son buenas excusas para movernos por un espacio físico, pero no garantizan los verdaderos cambios.

Felicitaciones y saludos a los que hacen posible este ámbito de encuentro.

NATALIA SILIN
Valencia, España
natu_silin@yahoo.com

N. del D.: *Nos queda una pregunta banal, o no tanto. ¿Qué cocinabas mientras leías Latido?*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Queremos conocer tus opiniones sobre la revista. Y que nos cuentes experiencias vinculadas con los temas que publicamos. Animate. Escribinos.

Lindos bigotes

El primer cambio, del que no tengo conciencia ni memoria, fue el que produjo mi existencia en este mundo. Más que cambio, fue el inicio. Me recuerdo y me sonrío muy tiernamente: mis dientes parejitos, mis piernitas flacas y un alma tan vulnerable como digna de mucho cuidado. También bigote, mucho bigote. Me daba vergüenza tenerlo pero aún no había llegado a la edad apropiada para quitármelo. Fue entonces que me amigué con él y juntos hicimos frente a esa tonta fealdad. Seguí creciendo como un poroto en el secante de mi germinación, minuto a minuto, centímetro a centímetro, con desequilibrio y algo de desorden. Me encontré más alta, con pensamientos propios y con ganas de seducir sin saberlo, sintiendo un calor extraño al bailar lento (y siendo el espejo mi primer hombre para ensayar la perfección del beso). Pero en estos escalones de vida, algo soltó vuelo sin regreso; abrí la jaula de mi sórdido bigote de un tirón, lo borré de mi destino de morochita atractiva e interesante. Mis pechos crecieron y el resto de mi cuerpo se instaló para siempre en las arenas movedizas de una sexualidad casi misteriosa. Los pensamientos propios fueron cada vez más en cantidad y tomaron más forma mis decisiones. El amor fue el amor; el abandono, insobornable; las flaquezas resultaron nítidas como piel y las razones y la muerte pasaron a ser contundentes.

Pasé mis primeros años de juventud viviendo mi primera relación de pareja. Puerto Madryn me recibió tibia y mansamente, cocinando cosas ricas y planchando mal. Fui señora con marido y un perro caprichosamente pelirrojo que se comió mis sandalias. Pasé la guerra del 82 y tuve un miedo que desconocí. Manejé un jeep del 58 y comí cerezas sin lavar. Pero terminé guardando mi separación en la valija; debía partir. De pronto, me saludé una mañana, me volvió a dar gusto seguir visitando la vida, me perfumé la mirada e intenté ser nuevamente amada.

Ahora termino mi café y bostezo cansada. Tengo cuarenta y un años y estoy tan apurada... Tanto queda que nada me alcanza; le dejo a mi hijo mi alma y cuando me pierdo, su mirada y sólo su mirada me basta, me dibuja, me calca, me mancha de amor y ya no me olvido de nada.

EMILCE SANTOS

Claypole, Prov. de Bs. As.

N. del D.: *Alguna vez alguien me dijo, y me sorprendió, que vivir no era más que abrir y cerrar puertas. De eso se trata tu –nuestra– historia.*

Patricia Kolesnicov

Me preguntaba, leyendo tu nota del último Latido sobre el cáncer, por qué es necesario sentir la muerte cerca para –como decís vos– no callarse nada, no estar donde uno no quiere, no forzarse, no justificarse, no sentir culpa por hacer lo que uno desea. Entre la vida y la muerte sólo hay una cuestión de tiempo. El problema no es solamente cuánto, sino cómo, y mientras tanto muchas mujeres, yo incluida, vivimos con una peluca, disimulando todo el tiempo. No nos atrevemos a mostrar nuestra calvicie. De algún modo también algo nos falta. Y por eso a veces enfermamos de miedo. Nos lastima sobre todo ese temor a envejecer, a que no nos quieran, a que nos descubran debajo de la peluca.

No estamos preparadas para vivir y ser felices. Nos han educado para trabajar, para callar, mentir, engañar, ser siempre fuertes y afrontar las cosas a cualquier precio.

¿Qué más? Somos –hasta el fin de nuestros días, creo– lo que somos y lo que queremos ser. No me avergüenza decirte que de vez en cuando rezo. Y rezaré, así te lo prometo, por tus rulos, pronto por la cintura.

SILVANA CASTRO

silvana60@hotmail.com

Cultura japonesa

Ante todo, los felicito por la publicación y por el incentivo a pensar, reflexionar y sentir. Dado que en el número sobre "Cambiar de vida" han ofrecido el cuento "Sennin" del autor japonés Akutagawa, quisiera aprovechar para comentarles, en mi rol de asesor del Centro Nikkei Argentino, algunos datos que posiblemente les interesen.

Antiguamente en el Japón existía la costumbre de bautizarse o nombrarse según los sentimientos, lo que uno veía o percibía. El nombre y apellido como tales se comenzaron a utilizar recién a finales del siglo pasado, por ende, muchos artistas, jerarcas y militares modificaban sus nombres. Con respecto a Akutagawa Ryunosuke, el apellido es con "k" y no con "g" (Agutagawa) como ustedes lo escribieron. Por otra parte, les cuento que la película "Rashomon" de Kurosawa Akira está basado en el libro "En el bosque" de Akutagawa.

Sin otro particular, los saluda atentamente.

MIZUKAWA ATSUSHI

atchan@sintesoft.net

N. del D.: *Se agradece el dato.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



HEBE UHART AJENA A LA MAYORÍA DE LAS CONVENCIONES DEL GÉNERO, UHART SE VALE DEL AIRE FAMILIAR, A VECES IRRESPIRABLE, PARA COMPONER SUS ORIGINALES FÁBULAS. NACIDA EN LA LOCALIDAD BONAERENSE DE MORENO Y PROFESORA DE FILOSOFÍA, LA AUTORA ESCRIBE DESDE LA IRONÍA Y ENSAYA DE TANTO EN TANTO UNA MIRADA INOCENTE QUE RÁPIDAMENTE SE TORNA EN SU REVÉS. HA PUBLICADO "EL BUDÍN ESPONJOSO" (1977), "LA LUZ DE UN NUEVO DÍA" (1983), "CAMILO ASCIENDE" (1987) Y "SEÑORITA" (1999), ENTRE OTROS TÍTULOS. "UN VIAJE A BAHÍA" APARECIÓ INICIALMENTE EN LA REVISTA SUR (EDICIÓN DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1964) Y LUEGO EN UNA ANTOLOGÍA ACTUALMENTE INHALLABLE. EL CUENTO REÚNE LAS CLAVES PRINCIPALES DE LA SENSIBLE NARRATIVA DE LA AUTORA.

UN VIAJE A BAHIA

EL ERROR EN REALIDAD FUE IR A BAHÍA porque había antigüedades y pobreza. Mis propósitos no eran exactamente esos, más bien me estaba escapando, pero con tal inercia, que el único modo de haber hecho turismo en Bahía como es necesario, hubiera sido sobre una silla de ruedas. Impulsando con diligencia mi silla de ruedas, yo hubiera recorrido las callecitas antiguas y tal vez hubiera entrado en alguna iglesia. Pero no entré en ninguna y recorrí con muy poco abandono las calles y el puerto. Cuando iba al puerto y me sentaba un rato en la costa, esperaba vagamente que viniera un Zeppelin, piloteado por dos hombres franceses de bigote, y que se incendiara en el aire o acuatizara y yo y toda la gente, todos los negros, fuéramos a recibirlos con grandes fiestas, comida, etc. Como eso no ocurría, me iba a mi pieza a leer el diario de Bahía y buscaba mucho color local en el diario. Generalmente no lo encontraba, y cuando lo encontraba, decía: "Esto tiene color local y lo podría guardar". Después terminaba envolviendo con el diario toda una cantidad increíble de basura que yo dejaba en el piso y lo tiraba a un canasto de basura que era la cosa más triste y mezquina de este mundo.

La mía era una pieza que si uno no se había decidido a tenerla para siempre, por elección, para morirse por ejemplo, no se sabe qué relación podía tener con el turismo. Daba la sensación de que en cualquier momento podía entrar alguien; podía entrar el hombre bizco con un ojo azul y otro marrón que hacía la limpieza usando como balde una lata enorme; venía y me mataba o me dejaba encerrada con llave, sola. De modo que en los momentos de cordura, yo abandonaba la pieza, me iba a bañar y lavar la cabeza al baño, que tenía una enorme ventana que nunca se podía cerrar bien, que daba al mar, con una vista muy hermosa, pero yo no podía prescindir de que estaba en el baño y que en ciertos momentos tenía que cerrarla, porque no quería que me viera un barco desde lejos. Una vez, sin embargo, que ya estaba bañada y limpia, me senté en el suelo del baño y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ILUSTRACION: MARIANO VIOR

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

me puse a mirar un ratito el puerto y todo, hasta que me di cuenta de que estaba mirando y dije: "Se me hace tarde". Decir se me hace tarde es una costumbre saludable cuando uno tiene algo que hacer, pero mi imaginación no me proponía más que comer o tomar café, comprar el diario y encontrar un pintor argentino muy famoso que yo, sin conocerlo, imaginaba viejo pero conservado, con barba, pipa, recursos, pintamonas o pintabarcos. A pesar de eso hice un montón de gestiones para conocerlo, pero sin ningún resultado. Iba veinte veces con cara de culpa a la librería que estaba al lado del hotel, donde se harían tertulias literarias, pensaba, preguntaba por él y me decían que ya no estaba. Hasta en el banco pregunté por él y me atendió el gerente. Me dio un poco de miedo, pensé que me iba a cobrar alguna cosa o descubrir que yo no tenía fondos, por ejemplo. Al pintor, como es natural, no lo encontré. Cuando volvía de no encontrar al pintor, me encontré con una conocida de mi adolescencia, que estaba buscando antigüedades y folklore.

–¿Qué hacés en Bahía? –le pregunté.

Entonces me dijo que hacía dos meses que estaba y que si por ella fuera, viviría toda la vida allí. Yo, en un ataque súbito de valentía le dije que yo no, pero igual, por cortesía, no me pude negar a ir al lugar donde ella vivía, donde había piezas en la parte alta y abajo era un museo, todo lleno de antigüedades. Un poco por cortesía y otro poco por cumplir, como se dice, pensé: "Ahora veo todas las antigüedades juntas y ya está". Además, hacía muchos días que no hablaba con nadie y quería contarle que se me había roto la pileta de la pieza y había corrido el agua por la pieza, cosa que tomó con bastante naturalidad. Fuimos entonces al museo. A pesar de que los pisos estaban deslumbrantes, todo muy limpio, los trajes coloniales me parecieron un poco sucios, pero había algunos hermosos. Además no se podía fumar. Si me hubiera podido sentar en el suelo y, fumando, mirar un poco todo, tal vez la visita hubiera sido distinta. Después salí y no vi más a mi conocida y viví como los días anteriores, salvo que iba y venía muchas veces de una estación lejana, donde tenía que tomar el ómnibus de vuelta. El último día que me tenía que quedar, me sentía llena de melancolía y esperanza; tomé una cosa distinta de un café, agua mineral, porque también tenía mucha sed y calor, pero no eran obstáculo para mi melancolía y mi esperanza. Dejé la billetera sobre el mostrador y me robaron el dinero que tenía para la vuelta, que era poco. Estaba bien así. Mejor que me lo hubieran robado; no tenía dinero y ahora debía pensar en conseguirlo. Era el momento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Marcelo Moura
el probador
lun a vier **17 / 19 hs**

Michel Peyronel
el lounge
lun a vier **19 / 21 hs**

Sergio Marchi / Jorge Casal
rock boulevard
lun a vier **21 / 23.30 hs**

HORACIO GALLO

NOSTALGIE

106.7 FM Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de poner a prueba mi espíritu de aventura y mi eficiencia, cosas de las que siempre desconfié, pero mi melancolía y mi esperanza me decían que algo nuevo iba a ocurrir, y que yo seguramente iba a recibir ese dinero y de sobra para volver. Algún ángel se iba a hacer cargo de mí. Pero hacía calor y estaba un poco cansada. Volví al hotel y miré lo que tenía para vender; tenía un pañuelo blanco para la cabeza muy lindo, pero todo sucio, y un disco de un baile del lugar, que la gente de Bahía seguramente no querría comprar. De pronto se me ocurrió una idea luminosa. Yo había observado muy atentamente el día anterior una cosa insólita. Una mujer, de pelo casi rapado, huesuda, con un pijama que le llegaba a las rodillas, zapatos abotinados y anteojos. Se acercó a grandes trancos a la portería y dijo que en su pieza había un ratón y que no lo podía tolerar. No estaba alterada, era simplemente una cosa que no podía tolerar. El negro, que la atendió sonriente, pensando que un ratón se puede tolerar y que a ella también se la podía tolerar, fue a ver al ratón y lo echó. Yo espié qué pieza era, y era la de al lado de la mía. No le di importancia a eso. Cuando pensé en vender, dije: "Ya sé, a ella le voy a vender el pañuelo y el disco". Pensé que una mujer así, lo menos que podía hacer era comprármelos; ya bastante sacrificio hacía yo desprendiéndome de eso.

Cuando le fui a vender el pañuelo y el disco me emocioné; pensaba que era una pobre persona que debe vender cuanto tiene y me acordaba de Dostoievski. Casi temblando fui con el pañuelo y el disco; su cara mostraba la indiferencia más absoluta y me dijo que no me compraba nada porque no usaba pañuelos en la cabeza y no compraba discos; me asombré y me sentí tan humillada, que me fui casi llorando; no solamente ningún ángel me había dado el dinero, sino que esa especie de marciana me lo negaba con tal seguridad, que me hacía pensar que tener un disco y un pañuelo era una cosa ridícula. Y además agregó:

–Pero le puedo dar el dinero.

Me fui violentamente, sin saludarla, dispuesta a pedir plata al chofer del colectivo o a un mendigo. Cuando me vio así me siguió, reflexionó un poco y dijo:

–Vamos a conversar.

Yo podía no haber conversado nada, pero mi violencia se convirtió en curiosidad. "La marciana quiere conversar", pensé.

–Bueno –dije.

No me acuerdo cómo empezó las averiguaciones, pero sé que la con-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ducían a saber que yo era una persona letrada y me enteré de que ella también era una persona letrada, que estaba en Bahía para estudiar folklore y antigüedades, y que iba a ir a Buenos Aires. Por mi parte la cosa no hubiera pasado de ahí, si no fuera porque quería averiguar qué relación había entre una persona letrada y la intoleracia de un ratón y, por otra parte, escuchaba una voz que me decía: "Tenés que mostrarte muy inteligente para ganar el dinero; si no te mostrás muy inteligente no te van a dar el dinero". Sentí un poco como si participara en un torneo, y ella fuera la Reina de Corazones de *Alicia en el país de las maravillas* y yo, por qué negarlo, un poco Alicia. Al mismo tiempo su rigidez era tan perfecta, que si en ese momento me hubiera demostrado toda la sabiduría del mundo y me hubiera demostrado con esa calma la cuadratura del círculo yo no me hubiera asombrado para nada. Algo siniestro me decía que tenía toda la sabiduría del mundo. Su enorme cabeza cuadrada había pensado en todas las cosas que hay que pensar: geografía, historia, matemáticas y también el corazón humano. Cuando llegamos al corazón humano, siempre en un terreno de generalidades decorosas y tanteo expectante y objetivo, me ensombrecí y después sonreí, pero una voz tenaz me decía: "Adelante". Cuando me dije adelante enseguida ensayé el placer de manejar la situación; yo podía efectivamente decir cosas brillantes, pero noté al momento que no servía para nada; era como si otra persona estuviera hablando; hice una pausa y la miré bien; noté una cosa curiosa: estaba sentada en la cama con las piernas muy juntas, con su pijama, y limpiaba cuidadosamente los anteojos, con cierta humildad, y tenía los pies juntos y una pulserita de oro que llevaba un poco alta en el brazo, en la que no había reparado, y sus ojos azules y pequeños, un poco cansados, le daban un aire desolado y al mismo tiempo la devolvían a su infancia, una infancia en Alemania, seguramente, donde su padre, por qué no, a lo mejor la quería. Me callé completamente y se hizo una pausa.

–Bueno –dije–, me voy a acostar.

Se dirigió a la mesa, tomó la billetera y me dio el dinero. Así es, allí estaba el dinero, hablé de modos de devolución, absolutamente inconexos.

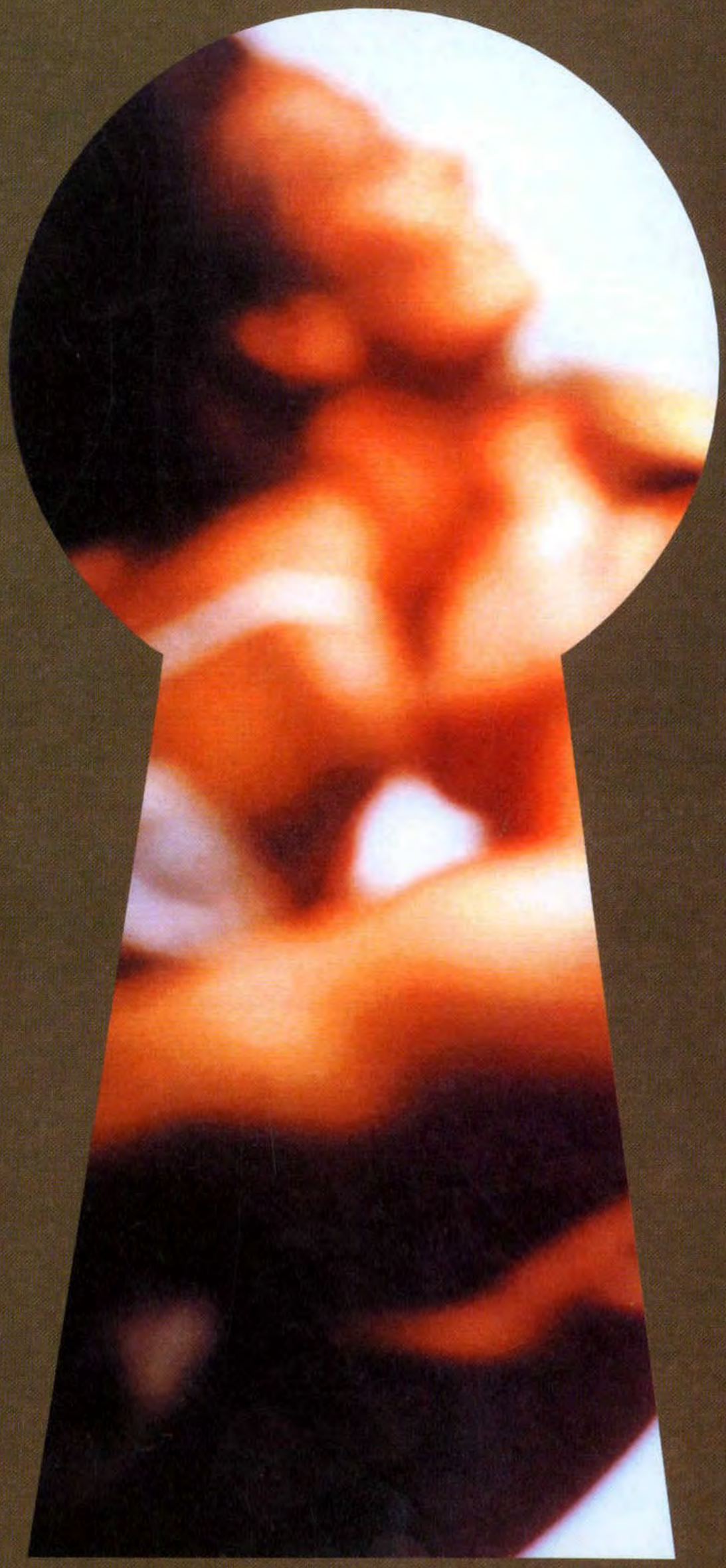
–Por favor –me dijo–, y vi que su cara se retraía y, sin perder la firmeza, se ponía un poco pálida.

–Bueno –dije yo sonriendo y tratando, con cierto esfuerzo, de dar calor a lo que decía–. Hasta Buenos Aires.

–Así, sí –dijo ella–. Hasta Buenos Aires.

Me fui con un peso más y un peso menos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Para armar el número del mes que viene,
venimos trabajando desde hace mucho tiempo.

"Hacer el amor" es el tema de Latido de febrero. Habla de los significados que tiene el acercamiento afectivo y físico entre dos personas. Las notas -como un susurro al oído- se abocan al goce del cuerpo y su relación con la construcción del amor. A través del ojo de la cerradura nos introducimos, además, en la vida de aquellos que por distintas razones, permanentes o temporarias, prescinden del sexo. Y también hay lugar para explorar las relaciones entre los homosexuales, y en las distintas culturas. Como siempre, las frases, los libros, las películas, las curiosidades y el cuento. Aprovechá este número en febrero, es ideal para leer con poca ropa.

LATIDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Canal (á) no se toma vacaciones

EN ENERO CONTINUAMOS BRINDÁNDOLE LA MEJOR PROGRAMACIÓN DE ARTE Y ESPECTÁCULOS.

Espectáculos para no perderse

CARMEN

Ópera andaluza de corneta y tambores. La puesta de Salvador Távora con La Cuadra de Sevilla en su original versión de la popular leyenda de la cigarrera de Triana.

Domingo 16, 22hs.



ROTA

El espectáculo de danza más impactante del '99. Realizado por la Compañía brasileña de danza contemporánea de Déborah Colker. 14 bailarines desafian las leyes de la gravedad con una coreografía y técnica deslumbrantes.

Domingo 30, 22hs.



CHANGO SPASIUK

Su último recital en Buenos Aires. El mundialmente reconocido acordeonista le rinde tributo a sus antepasados ucranianos.

Domingo 23, 22hs.



Programas: Los clásicos de siempre y grandes novedades

QUERIDA LEONOR

Las cartas y la correspondencia en una emisión semanal de Leonor Benedetto.

Domingos, 24hs.

A TITULO PERSONAL

El programa sobre música de Victor Hugo Morales.

Sábados, 21hs.

ENCUENTROS DE CINE

Una charla entre los grandes del cine nacional.

Jueves, 21:30hs.

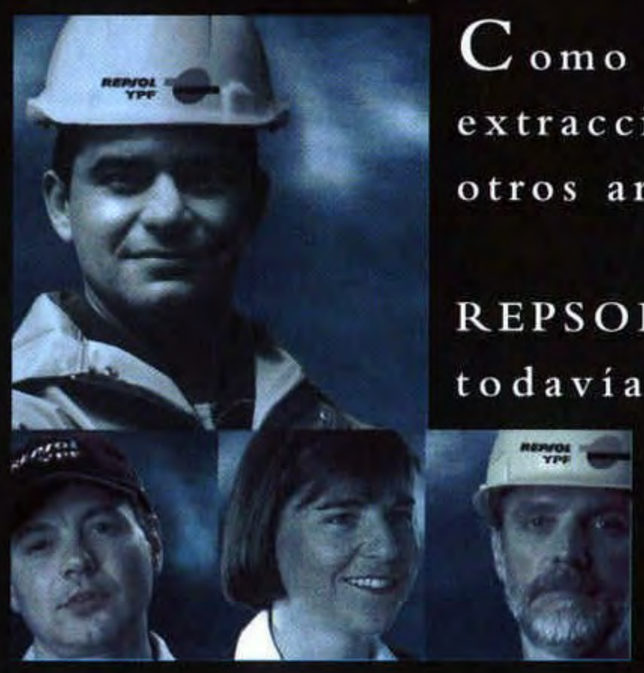
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

24 HORAS DE ARTE Y ESPECTÁCULOS

CANAL (á)

Bonpland 1745 · C1414 CMU Bs. As. Argentina · Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 / Fax: (54-11) 4778-6555 · E-mail: produccion@canala.com.ar

Para ser grandes hay que estar en el lugar que sea necesario.



Como Miguel Galuccio, que es Ingeniero en Petróleo en una plataforma de extracción en el Atlántico Norte. Y como Raúl, Patricia, Daniel y muchos otros argentinos que trabajan para REPSOL YPF en todo el mundo.

REPSOL YPF, una fusión entre dos grandes empresas, que se unen para ser todavía más grandes. Una compañía que opera en los cinco continentes, con una producción de más de 1 millón de barriles de petróleo por día. Con reservas probadas para abastecer de combustible a la Argentina por treinta años y con una red de 7.000 estaciones de servicio en todo el mundo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REPSOL YPF

REPSOL YPF. UNA DE LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS MÁS GRANDES DEL MUNDO.